

Selección

TERROR

JOSEPH BERNA

EL TERROR CAYO DEL CIELO

SAM.


ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

JOSEPH BERNA

EL TERROR CAYO DEL CIELO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 274
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 10.014 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

William North interrumpió un momento su trabajo y procedió a llenar su pipa. Fumar en pipa era muy corriente en su profesión.

William era escritor.

Un escritor bastante popular ya, pese a que sólo llevaba publicados cuatro libros.

El último de ellos, titulado: Mi suegra está como un tren, se estaba vendiendo como rosquillas.

Sí.

Era un libro de mucho éxito.

Pero William North no pensaba en los laureles. Todo lo contrario.

Se estaba esforzando al máximo para que su quinto libro, el que estaba escribiendo ahora, fuese mejor aún que el anterior.

Lo iba a titular: La rebelión de los casados.

Se refería a los hombres, naturalmente. William era soltero.

Y no demasiado partidario del matrimonio. Nada partidario, para ser exactos.

Esa era la razón de que no se hubiese casado todavía, pese a haber cumplido ya los treinta y dos años.

Oportunidades, desde luego, no le habían faltado.

William North medía 1,80 centímetros de estatura y su peso era el idóneo para su talla: ochenta kilos.

Tenía, pues figura de atleta. Y lo era.

Practicaba varios deportes, pero fundamentalmente natación

Su casa se alzaba a menos de cincuenta metros del mar y era raro el día que William no dedicaba al menos media hora a su deporte favorito

Pero no sólo era su cuerpo de atleta lo que atraía a las mujeres como la miel a las moscas. También su rostro tenía mucho que ver en ello.

Un rostro moreno, curtido, de facciones agradables. Y ligeramente socarrón.

William siempre parecía sonreír. Cuando no con los labios, con los ojos.

Y resultaba difícil saber si su sonrisa era sincera, irónica o burlona. Pero, en cualquier caso, gustaba a las mujeres.

Y como las mujeres también le gustaban a él, pues...

Su tercer libro, titulado: Yo tengo un harén, reflejaba bastante su situación actual. Sí.

Cuando William North deseaba estar con una mujer hermosa, tenía donde elegir. El escritor acabó de llenar su pipa.

Se disponía a encenderla, cuando llamaron a la puerta.

William se quitó la pipa de la boca, la dejó sobre la mesa de su despacho, junto con el encendedor de gas, y acudió a abrir.

Vestía pantalones blancos, camisa de manga corta muy vistosa, y calzaba

mocasines marrones.

Una indumentaria muy apropiada para la temperatura que en aquella época del año hacía en San Diego.

William alcanzó la puerta y abrió.

—¡Sorpresa! —dijo la exuberante pelirroja que aguardaba en el porche.

—¡Eva Gaye! —exclamó William, respingando ligeramente.

La pelirroja, que lucía un vestido estampado, de atrevido escote, alzó los brazos y rodeó el cuello de William North, a quien se pegó descaradamente.

—¿Cómo se encuentra mi escritor preferido...?

—Sorprendido —confesó William, apoyando las manos en las redondas caderas femeninas.,

—Yo sé cómo se cura eso —sonrió maliciosamente Eva, y le dio un beso de película erótica.

William se apresuró a contribuir.

Tras el excitante beso, Eva Gaye sugirió:

—¿Es que no vas a invitarme a entrar...?

—Mi casa es tu casa Eva —respondió galantemente William.

—Y tu dormitorio ha sido también el mío en varias ocasiones, muy escasas ya por cierto...

William carraspeó, porque el reproche de la pelirroja era bastante directo.

—Últimamente estoy muy atareado, Eva...

—Una porra.

—¿Qué?

—Que no es ésa la razón de que no me hayas llamado ni una sola vez en las últimas semanas, sino otra que yo me sé.

—Eva, yo te aseguro que...

—Te gusta cambiar de chica como de camisa, eso es lo que pasa.

—Por favor...

—No, si no te censuro por ello. En el fondo, me parece muy bien que «renueves» el material. Lo que ya no me parece tan bien es que te olvides por completo de las buenas amigas, de las que te lo ofrecieron todo sin exigirte nada a cambio. Corno yo, William... El escritor la besó en la nariz.

—No me he olvidado de ti, Eva.

—¿Y por qué no me has llamado? Sabes que hubiera venido corriendo.

—Tal vez no me creas, pero pensaba llamarte una de estas noches. Eva Gaye sonrió.

—Tan embustero como siempre.

—De veras que sí, Eva.

—Está bien, voy a creerte.

—Anda, pasa.

Eva Gaye entró en la moderna casa de William North, una construcción de madera, de una sola planta, amueblada con exquisito gusto.

—¿Qué te apetece beber, Eva? —preguntó William.

—De momento, nada —respondió ella.

—Me sorprende.
—¿Por qué?"
—Hace calor, y cuando hace calor, apetece beber algo fresco.
—Y bañarse.
—Sí, eso también.
—¿Nadamos un rato, William? —sugirió Eva.
—¿Has traído bañador?
—Lo llevo puesto.
—Oh
—Ponte tú el tuyo y corramos hacia la playa. William se atusó la patilla.
—¿No te gusta la idea, William...? —preguntó Eva. —Oh, sí, me encanta. Es sólo que...
—¿Qué ocurre, William?
—Estaba terminando un capítulo de mi nueva novela cuando tú llamaste. Pero no importa, ya lo terminaré.
—Oh, no, eso no. No quiero entorpecer tu trabajo. —No importa, ya te lo he dicho.
—A mí sí me importa, William. Quiero que termines ese capítulo. Yo, mientras tanto, iré a bañarme. ¿De acuerdo? William sonrió.
—De acuerdo. Será cosa de media hora.
—Te esperaré en la playa, William.
—Me reuniré contigo lo antes posible —prometió él. Eva Gaye le cercó el cuello de nuevo.
—Te prometo una noche inolvidable, William.
—Lo será, estoy seguro. Se besaron.
Con mucha pasión.
William North estuvo tentado de coger en brazos a Eva Gaye y llevársela a su dormitorio ya.
Pero resistió la tentación. Tenía que acabar el capítulo.
Primero el trabajo, luego la diversión.
Cuando separaron sus bocas, que fue casi un siglo después, Eva pidió:
—¿Me prestas una toalla de baño, William?
William soltó el talle femenino y fue al cuarto de baño.
Cuando regresó Eva ya se había despojado del vestido y de los zapatos. A William casi se le cae la toalla de las manos.
No era para menos.
El bikini de Eva, de color rojo, era tan insignificante que apenas si cubría nada. La pieza de «arriba» estaba formada por dos diminutos rombos.
La de «abajo», por un triángulo.
Y no mucho mayor que los rombos. Eva Gaye sonrió malévolamente.
—¿Te gusta mi nuevo bikini, William...? —preguntó, adoptando una pose de modelo especializada en presentar colecciones de bikinis y bañadores.
—Con un pañuelo que yo utilizo para sonarme, se podrían confeccionar una docena de bikinis como ése —observó el escritor, mirándola

significativamente.

Eva rió.

—Era el más pequeño que había en la tienda —informó pícaramente.

—Lo creo.

—Lo estreno hoy, ¿sabes?

—¿En mi honor...?

—Exacto.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Eva —sonrió William, acercándose a ella. Le entregó la toalla.

Eva confesó:

—Quería impresionarte, William.

—Pues lo has conseguido —repuso el escritor, abarcándola por la desnuda cintura y atrayéndola hacia sí.

Se disponía a besarla, cuando ella le puso un dedo en los labios y recordó:

—Tienes que acabar el capítulo, William...

—¿Qué capítulo? —murmuró él, mordiéndole el dedito.

—El de tu novela.

—¿Qué novela? —William le dio otro mordisquito.

—La que estás escribiendo.

—Y o no sé escribir, soy analfabeto. Eva dio un gritito.

—¡Me vas a dejar sin dedo!

—Tiene una yemita deliciosa. ¿Y qué me dices de tu orejita...? —William se la mordió también.

Y el cuello.

Y el hombro.

Y los alrededores de uno de los rombos.

—¡Por favor...! —rogó Eva, que seguía riendo.

Las manos de William ascendieron hasta el cierre de la pieza superior del bikini, porque ya no se conformaba con los alrededores de los rombos, quería lo que había debajo de ellos.

—¡No, William!—gritó Eva, librándose de él.

—Has encendido en mí la llama del deseo, Eva —dijo William, alargando de nuevo los brazos hacía ella.

—Tómate un refresco y se te pasará —aconsejó Eva, sin dejarse atrapar.

—Prefiero tomarte a ti.

—luego. En la playa. Cuando hayas acabado el capítulo.

A William pareció gustarle la idea, pues dejó de perseguir a Eva y dijo:

—Está bien. En la playa. Dentro de treinta minutos.

—A ver si pueden ser sólo veinticinco —rogó Eva, guiñándole el ojo.

—Por mí no va a quedar.

—Hasta luego, William.

Eva Gaye salió de la casa, con la toalla de baño en las manos. Corrió hacia la playa.

Un trozo de playa de arena limpia y abundante. Y lo mejor de todo era que

estaba solitaria.

William y ella podrían retozar y amarse sobre la arena, sin que nadie les molestara. Eva extendió la toalla sobre la arena y corrió hacia el mar.

El sol había dejado ya de calentar con fuerza.

Dentro de una hora, todo lo más, se ocultaría en el horizonte.

Eva se adentró en el mar y comenzó a bracear con un buen estilo. Permaneció unos diez minutos en el agua.

Después, salió de ella y se tendió boca arriba sobre la toalla.

Cerró los ojos y quedó inmóvil, recibiendo la caricia del sol sobre su piel dorada y suave, ahora mojada.

Llevaba un par de minutos así, cuando escuchó un ruido. Como si alguien le hubiera arrojado una piedra.

Eva abrió los ojos y levantó la cabeza. Quedó paralizada.

Observando fijamente, con ojos agrandados, la extraña esfera luminosa que yacía sobre la arena, a medio metro escaso de ella.

Era una esfera pequeña, no mayor que una bola de billar.

Tenía el color del oro y despedía una luz brillante, casi cegadora.

Eva Gaye incorporó lentamente el torso y alargó la mano hacia la esfera. Y el caso es que no quería cogerla.

Pero una fuerza extraña y poderosa la impulsaba a ello. Eva cogió la esfera luminosa.

Al instante, una dolorosa sacudida estremeció su cuerpo desde el cabello hasta las uñas de los pies.

Como si acabara de tocar un cable de alta tensión. Eva quiso gritar, pero no le salió la voz.

Tampoco pudo dejar caer la esfera luminosa, pues sus dedos se negaban a abrirse, estaban como pegados a ella con la mejor de las colas.

Eva cayó de espaldas y comenzó a retorcerse sobre la toalla, saliéndose pronto de ella, por lo que su cuerpo, mojado todavía, se manchó de arena.

Era tan agudo, tan espantoso, tan insufrible el dolor que sentía en cada músculo, en cada tendón, en cada hueso de su cuerpo, que Eva Gaye no pudo resistirlo por más tiempo y se desmayó, quedando totalmente inmóvil sobre la arena.

CAPITULO II

Al salir Eva Gaye de la casa, William North regresó a su despacho y se dejó caer en su sillón.

No encendió la pipa.

Se le habían ido las ganas de fumar.

Ahora sólo tenía ganas de estar cuanto antes junto a Eva. De acariciar su espléndido cuerpo.

De cubrirlo de besos. De hacerlo suyo.

William se acercó a la máquina de escribir y comenzó a teclear, reanudando su trabajo. Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que así no era posible escribir.

No lograba concentrarse en su trabajo. Su pensamiento estaba con Eva Gaye.

Cerró un instante los ojos y le pareció verla, tendida sobre la arena, el cuerpo húmedo y brillante...

¡Al diablo el capítulo!

¡Al diablo los personajes de su novela!

¡Al diablo la novela entera!

William saltó de su sillón y corrió hacia su dormitorio. Extrajo un bañador del armario. Pequeño.

Para que hiciera juego con el bikini de Eva. Se desvistió en unos segundos y se lo puso. Echó a correr de nuevo.

Salió de la casa y se dirigió a la playa.

De pronto, se detuvo, con gesto preocupado. Había descubierto a Eva.

Tendida sobre la arena, como él se había imaginado. Pero su posición no era norma!.

Y tampoco era normal que estuviese fuera de la toalla de baño.

Ni que ésta estuviese revuelta y sucia de arena, como si dos personas hubiesen luchado furiosamente sobre ella.

—¡Eva! —llamó William. La joven no respondió. Ni se movió.

William corrió hacia ella y se dejó caer a su lado.

Inmediatamente descubrió la bola de piedra —eso le pareció a él, que era de piedra, pues la extraña esfera ya no emitía ninguna luz y había perdido su color dorado, tornándose oscura —que yacía muy cerca de la mano de Eva Gaye.

Lo primero que pensó William fue que alguien había arrojado aquella bola de piedra a Eva, dejándola sin sentido.

—¡Eva! —la llamó de nuevo, palmeándole las mejillas al mismo tiempo. Unas mejillas frías.

Casi heladas.

Sin ningún color. William se alarmó.

Tocó los brazos de Eva, su pecho, sus piernas... Toda ella estaba tan fría

como sus mejillas.

William se alarmó aún más.

Aquello no era un simple desvanecimiento producido por un golpe. Era mucho más grave.

William cogió la muñeca derecha de Eva, para tomarle el pulso.

Fue entonces cuando descubrió las señales que tenía en los dedos y en la palma de la mano.

Parecían quemaduras.

¡Eran quemaduras!

William se desconcertó por completo.

¿Cómo se habría producido Eva aquellas dolorosas quemaduras?

¿Con qué?

William miró a su alrededor. Nadie.

Nada.

Sólo aquella piedra redonda, de! tamaño de una bola de billar...

¿La habría cogido Eva?

¿Se habría quemado con ella?

William soltó la muñeca de Eva y tocó la bola de piedra con las yemas de los dedos, rozándola apenas.

No ocurrió nada.

La piedra estaba fría.

William se desentendió de la bola de piedra. Era Eva Gaye quien necesitaba atención.

Toda su atención.

Y quizá la de un médico.

William la tomó en brazos sin ningún esfuerzo y echó a correr hacia la casa. Segundos después, depositaba a Eva sobre la amplia cama de su dormitorio. La cubrió hasta el cuello con la sábana.

Como una simple sábana le pareció poco, dadas las circunstancias, William extrajo una manta del armario y la extendió sobre el cuerpo de Eva.

La joven seguía inconsciente.

William intentó nuevamente despertarla. No lo consiguió.

Sus mejillas seguían frías.

William deslizó una mano por debajo de la manta y de la sábana y tocó el cuerpo de Eva.

Alarmantemente frío, también.

La manta no parecía proporcionarle ningún calor.

William extrajo otra manta del armario y la extendió sobre la primera.

Tal vez así...

De todos modos, Eva necesitaba que la viera un médico. Tanto si recobraba el conocimiento como si no.

Aquella baja temperatura de su cuerpo tenía que deberse a algo. Y a algo muy serio.

En cuanto a las quemaduras ~e su mano...

Eso ya lo explicaría ella cuando volviese en sí por sus propios medios o con la ayuda del médico.

William conocía a uno.

Desde hacía bastante tiempo.

Se llamaba Raymond Clark, y era un excelente médico. No lo dudó más. Salió del dormitorio y corrió hacia su despacho.

No recordaba el número de teléfono del doctor Clark. De haberlo sabido de memoria, le hubiese llamado desde su dormitorio, pues sobre la mesilla de noche tenía un teléfono.

Pero tenía que buscarlo en su agenda. William penetró en su despacho.

La agenda estaba sobre la mesa.

La cogió y buscó rápidamente el número del doctor Clark. Lo marcó sin pérdida de tiempo.

Unos segundos después, le respondía una voz femenina:

—¿Diga?

—¿Es la clínica del doctor Clark? —preguntó William.

—Sí, señor. ¿Quién llama?

—Soy William North. Quiero...

—¿El famoso escritor...? —exclamó la chica, interrumpiéndole.

—Gracias por lo de famoso —sonrió William, halagado—. Quiero hablar con el doctor Clark. Es urgente.

—Lo siento, señor North, pero el doctor Clark no está.

—¿Que no está...?

—No, señor. Se marchó de vacaciones precisamente ayer.

—¡De vacaciones! —exclamó William.

—Sí, señor. Pasará dos semanas en Miami —informó la chica.

—¿Y no ha dejado a nadie en su lugar...?

—Por supuesto, señor North. La doctora Boyle atenderá a los pacientes del doctor Clark durante dos semanas.

—¿Una mujer...? —respingó Gilliam.

—Es muy competente, señor North.

—¿No será usted por casualidad...? —inquirió William, con ironía.

—¡Oh, no! Yo sólo soy la enfermera, señor North.

—Ya.

—¿Desea usted que le atienda la doctora Boyle, señor North...?

—Qué remedio. Si el doctor Clark está en Miami...

—Deme su dirección, por favor.

William le dijo a la enfermera dónde vivía.

—Muy bien, señor North.

—Dígale a la doctora Boyle que venga lo antes posible, señorita. Como ya le he dicho antes, se trata de un caso urgente.

—No se preocupe, señor North. La doctora Boyle estará ahí en unos minutos.

—A ver si es verdad.

William colgó el auricular y regresó a su dormitorio. Se sentó en el borde de la cama.

Eva Gaye continuaba inconsciente.

Su cara y su cuerpo seguían fríos, pese a las dos mantas. William no lograba explicárselo.

Estuvo tentado de meterse en la cama y estrechar contra el suyo el cuerpo de Eva, para transmitirle su calor.

Y tal vez lo hubiera hecho, de no despertarse ella en el preciso instante en que él tenía aquel pensamiento.

—¡Eva! —exclamó William, alegrándose infinitamente de que la joven hubiera vuelto en sí.

—William... —murmuró ella, mirándole con los ojos llenos de desconcierto.

—¿Cómo te sientes, Eva? —preguntó el escritor, acariciándole suavemente el cabello.

—Tengo mucho frío...

—No te asustes, pronto estarás bien. He llamado a un médico. Ya está en camino.

—¿Qué me ha pasado, William...?

—¿No recuerdas nada?

Eva Gaye movió la cabeza débilmente.

—Absolutamente nada. William explicó:

—Te encontré tirada sobre la arena, sin conocimiento, el cuerpo muy frío... Y tienes quemaduras en los dedos y en la palma de la mano derecha.

Eva pestañeó.

—¿Quemaduras... ?

—Sí. No son muy graves, pero sí deben ser dolorosas... —observó William, extrañado de que la joven no se quejase de la mano.

Eva sacó el brazo derecho de debajo de las mantas y se miró la mano.

—¡Oh! —gimió, al verse las quemaduras.

—¿Te duelen mucho, Eva?

Ella le miró, la perplejidad reflejada en su rostro.

—William... —musitó.

—¿Qué?

—No siento ningún dolor...

—¿Cómo? —parpadeó el escritor.

—Las quemaduras... No me duelen. Es como si no las tuviera...

CAPITULO III

El rostro de William North también denotaba ahora perplejidad.

—¿De veras... de veras no sientes nada, Eva...? —balbució. Eva Gaye volvió a mover la cabeza.

—Nada, William.

—No lo entiendo, Eva.

—¿Cómo me produje estas quemaduras, William?

—No lo sé. Cerca de ti no había nada con lo que pudieras haberte quenado. Sólo una piedra.

—¿Una piedra?

—Sí, una piedra redonda. Como una bola de billar. Pero estaba fría. Yo la toqué. Eva Gaye entornó ligeramente los ojos y sus pupilas adquirieron un brillo extraño. Agudo.

Penetrante.

William sintió una rara sensación.

—¿Te ocurre algo, Eva? —preguntó.

—Nada —respondió ella.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo te miro, William?

—Como si quisieras hipnotizarme. Eva Gaye sonrió suavemente.

—No digas tonterías, William.

—Has puesto ojos de gata.

—Yo siempre he sido una chica muy gata. William sonrió.

—Si tienes ganas de bromear, es que ya te encuentras mejor —observó, acariciándole de nuevo el cabello.

—No me duele nada, William. Pero sigo teniendo mucho frío.

—Será mejor que escondas tu brazo bajo las mantas —aconsejó el escritor.

—Tengo una idea mejor, William.

—¿De veras?

—Acuéstate conmigo y abrázame fuerte. Estoy segura de que así entraré en calor. William volvió a sonreír.

—¿Sabes que antes estuve a punto de hacerlo, Eva? —confesó.

—¿Ah, sí...? ¿Y qué te detuvo? Yo no te lo hubiera reprochado...

—Ya sé que no.

Eva Gaye levantó las mantas y la sábana con un brazo y mostró su tentador cuerpo.

—Adentro, William.

William North se disponía a complacerla, cuando sonó el timbre de la casa.

—Debe ser la doctora Boyle —dijo, interrumpiendo su movimiento.

—¿Doctora...? —repitió Eva, frunciendo el ceño.

—Ella te atenderá, Eva.

—No me gustan las doctoras, William —gruñó la pelirroja.

—Te confesaré un secreto: a mí tampoco —sonrió el escritor—. Pero no pude encontrar un doctor —explicó.

—No abras, William.

—¿Qué?

—Deja que se vaya.

—Necesitas atenciones médicas, Eva...

—Sólo necesito calor. Y tú puedes dármelo. Con tu cuerpo. Vamos, acuéstate a mi lado. William titubeó.

—¡Pronto, William, que si estoy destapada aún tengo más frío! —apremió Eva. El escritor sacudió la cabeza.

—Es mejor que te examine esa doctora, Eva.

—¡Te repito que no me gustan las doctoras, William! —se enfureció la pelirroja.

—Es necesario que te vea, Eva —insistió William, y caminó hacia la puerta.

—¡William!

El escritor se detuvo y volvió la cabeza. No pudo reprimir un respingo.

Eva Gaye se había soltado la pieza superior del bikini y mostraba sus hermosos senos.

—Eva... —murmuró William, incrédulo.

Ella, con una sonrisa embaucadora en los labios, levantó una rodilla y rogó:

—Ven, William. Necesito tus caricias...

William estuvo a punto de volver sobre sus pasos, pero finalmente resistió la tentación y salió del dormitorio con paso rápido.

—¡William! —oyó gritar a Eva, histéricamente. El escritor no se detuvo.

Ahora estaba más convencido que nunca de que Eva Gaye necesitaba urgentemente los cuidados del médico.

Fuera lo que fuera lo que le hubiese sucedido en la playa, no cabía duda de que le había afectado el cerebro.

Aquel empeño en que no la reconociera un médico... Aquella extraña forma con que le miraba...

El haberse desprendido de la pieza superior del bikini, sin más ni más... Su histérico grito...

Sí.

Eva no se comportaba con normalidad.

Tampoco era normal que las quemaduras de la mano no le produjeran ningún dolor. Bien.

Todo se aclararía.

William alcanzó la puerta y abrió.

No supo disimular su sorpresa al encontrarse con una joven de no más de veinticinco o veintiséis años, alta y esbelta, de pelo castaño, muy brillante, y rostro extraordinariamente bello.

Vestía pantalón claro, ajustado, y una blusa amarilla, de manga corta. Los

zapatos, de grueso tacón, eran blancos, y dejaban al descubierto sus preciosos deditos, cuyas uñas llevaba pintadas con esmalte rojo.

Portaba un maletín alargado, de cuero negro, en la mano derecha. A William debió abrírsele la boca, porque la hermosa joven dijo:

—A ver si se traga una mosca.

William se llevó una mano a la boca y tosió.

—¿Es usted la doctora Boyle...?

—Sí, soy Sandra Boyle —asintió la joven, observándolo de arriba abajo—. ¿Y usted quién es, Mark Spitz...? —inquirió, con ironía.

William se miró.

—¡Oh! Disculpe usted que le haya abierto en bañador, pero no he tenido tiempo de cambiarme —explicó nerviosamente.

—Ya.

—Soy William North.

—Lo sé.

—¿Me conoce...?

—He visto su foto en los periódicos en un par de ocasiones.

—Entiendo. Pase usted, doctora Boyle. Sandra Boyle entró en la casa.

Esperó a que William cerrara la puerta y entonces preguntó:

—¿Qué le duele a usted, señor North?

—Nada, afortunadamente —sonrió el escritor.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho venir?

—Se trata de una amiga mía —explicó William—. Se desvaneció en la playa, sin que yo sepa la causa, y su cuerpo está muy frío.

—Lléveme junto a ella —rogó la doctora Boyle.

—Sígame, por favor.

William condujo a la doctora Boyle a su dormitorio. Al entrar en él, el escritor se llevó una sorpresa mayúscula. ¡Eva Gaye había desaparecido!

CAPITULO IV

Eva Gaye no quería ser reconocida por la doctora Boyle. Ni por ningún otro médico. Sabía lo que tenía: frío.

Y cómo librarse de él: proporcionándose calor.

Pero no le servía el calor que proporcionaban las mantas. Necesitaba otro tipo de calor. Calor humano.

William North hubiera podido proporcionárselo. Y estaba decidido a ello, pero llegó la doctora.

¡Maldita doctora!

Si hubiera llegado unos minutos más tarde, ella se encontraría ahora bien. Perfectamente bien.

No sentiría ningún frío.

El que no se encontraría bien sería William North. Nada bien.

Pero a ella no le hubiera importado que William North se sintiera mal por su culpa. Si ella se encontraba bien, ¡al diablo los demás!

Fuesen quienes fuesen.

Necesitaba calor humano e iba a conseguirlo. Como fuera.

Sin importarle nada.

Esa fue la razón de que Eva Gaye, al ver que William North no le hacía caso y acudía a abrir, saltase de la cama, se abrochase la pieza superior del bikini, se enfundase la camisa de William, que descansaba sobre un sillón, como el resto de la ropa que el escritor se había quitado, para ponerse el bañador, y abandonase rápidamente el dormitorio, saltando por la ventana, que permanecía entreabierta.

Eva rodeó la casa sigilosamente.

Se detuvo en una esquina y se pegó a la pared. Escuchaba voces.

William estaba hablando con la doctora Boyle, en el porche.

Tuvo que esperar a que la doctora entrase en la casa y William cerrase la puerta. Entonces, abandonó su escondite y corrió hacia su coche, un «Mercury» azul.

Junto al «Mercury», había un «Pontiac» dorado. Debía ser el coche de la doctora.

Eva se introdujo en su coche y lo puso en movimiento, procurando que el motor rugiera lo menos posible.

El «Mercury» ganó pronto velocidad. Eva apretó los dientes.

Seguía teniendo frío. Mucho frío.

Se tocó los muslos. Los tenía helados.

Se estiró la camisa de William al máximo, cubriéndoselos con ella.

Aunque sabía que no servía de nada.

El frío que ella sentía no era exterior, sino interior. Lo llevaba dentro de ella.

Calor humano.

Eso era lo que necesitaba.

Y ya sabía dónde conseguirlo. Bruce Hopkins se lo proporcionaría.

Bruce era un tipo grandote y musculoso, lleno de vigor y de energía. Bastante feo de cara, eso era lo malo.

Y más bruto que feo, que aún era peor. Pero era un hombre fogoso.

Ardiente. Insaciable.

Eva lo sabía por experiencia.

Había estado una vez en sus brazos. Una y no más, Santo Tomás.

Eso fue lo que se dijo Eva tras su desagradable experiencia con el salvaje de Bruce. Le dolían todos los huesos del cuerpo cuando lo dejó.

Cuando pudo dejarlo, más bien.

Por su gusto, lo hubiera dejado mucho antes, pero no hubo manera de librarse de sus férreos brazos, que apretaban y apretaban, sin darse cuenta de que hacían daño.

Desde entonces, había llovido bastante.

Bruce Hopkins intentó numerosas veces «repetir» con Eva Gaye, pero ésta siempre le respondió que no, que ella no era una bala de algodón, sino una mujer, y que le gustaba que los hombres la tratasen con delicadeza.

Bruce prometió ser menos rudo la próxima vez, pero no logró convencer a Eva, y no hubo próxima vez.

Ahora la habría.

Las circunstancias mandaban...

* * *

Bruce Hopkins estaba repantigado en un sillón, con una lata de cerveza bien fría en la mano derecha y el último número de la revista Penthouse en la izquierda.

Observaba la página central, que como de costumbre, era la más atrevida. La escultural rubia que allí aparecía lo enseñaba todo.

Hasta las amígdalas.

Bruce se fijó en un punto determinado de la anatomía de la chica. Notó que se le resecaba la garganta.

Se atizó un trago de cerveza y eliminó aquella súbita sequedad. Pero la lata quedó vacía.

Y Bruce seguía teniendo sed.

Dejó la revista de mujeres en cueros sobre la mesa ratona y se levantó del sillón, dirigiéndose a la cocina.

Bruce, que era un tipo muy caluroso, se había despojado de la camisa y de los pantalones al llegar a casa, por lo que iba en calzoncillos y descalzo.

Unos calzoncillos bastante ridículo, por cierto, pues estaban salpicados de motas de colores, muy vivos todos ellos.

Bruce entró en la cocina y abrió el frigorífico.

Se disponía a coger una segunda lata de cerveza, cuando llamaron a la

puerta. Bruce cerró el frigorífico y acudió a abrir, sin molestarse en ponerse los pantalones. No le importaba en absoluto que le vieran en calzoncillos.

Estaba en su casa y podía ir por ella como le viniese en gana. Bruce abrió la puerta, pero sólo cosa de un palmo.

—¡Eva! —exclamó, respingando cómicamente.

—Hola, Bruce —sonrió Eva Gaye.

Hopkins abrió más la puerta, aunque sin salir de su perplejidad. Eva penetró en la casa.

Bruce cerró la puerta y observó de arriba abajo a la pelirroja.

—¿Cómo vistes, Eva..,?

—¿Acaso tú vistes mejor? —repuso ella, mirándole también de pies a cabeza. Bruce se miró y tosió.

—Hace calor, Eva. Por eso me he quedado en calzoncillos —explicó.

—Por el mismo motivo voy yo en bikini. Vengo de la playa, ¿sabes?

—¿Y la camisa...? —Bruce apuntó la prenda con un dedo que parecía un puro habano.

—¿Qué pasa con la camisa? —Eva se la miró.

—Te viene como un saco...

—Porque no es mía. Me la prestó un amigo y todavía no se la he devuelto. Me la pongo para ir a la playa, a modo de bata corta y ligera.

Hopkins no dijo nada.

—¿Me pones algo de beber, Bruce? —Pidió Eva—. Necesito entrar en calor. Hopkins lanzó una sonora carcajada.

—¡Eso sí que es bueno, Eva!

—¿El qué es bueno?

—Has dicho que necesitas entrar en calor, ¿no?

—Sí, eso he dicho.

—¿Y no es para mondarse...? —Hopkins dejó oír de nuevo su bronca risa.

—Tal vez. Pero es verdad que necesito entrar en calor, Bruce. El baño ha debido sentarme mal, porque tengo el cuerpo frío. Tócame y verás —indicó Eva, abriéndose la camisa de par en par.

Hopkins respingó.

—¿Que te toque...? —balbució, mirando todo lo que le enseñaba la pelirroja.

—Sí, hombre. No te voy a comer... —sonrió pícaramente Eva.

Hopkins se acercó lentamente a ella y le puso una de sus enormes y velludas manos sobre la cadera.

—Es cierto, estás helada... —se sorprendió.

—Ya ves que no te engañé.

—¿Cómo es posible, Eva?

—E¡ baño, ya te lo dije. No me sentó bien.

—Te serviré un buen trago de coñac.

—Espera —rogó Eva, reteniéndole por un brazo.

—¿Prefieres whisky?

Eva Gaye compuso un mohín cargado de sensualidad.

—Te prefiero a ti, Bruce —dijo, con cálida voz, al tiempo que le echaba los brazos al cuello.

Hopkins pestañeó.

—¿Que me prefiere...?

—Sí.

—Eva...

—¿Qué? —musitó ella, hurgándole en la nuca.

—Desde aquella noche, Tú no habías querido nada conmigo... —recordó Hopkins.

—Perdóname, Bruce.

—¿Que te perdone?

—He sido una tonta. Me enfadé contigo porque me amaste violentamente, casi salvajemente... ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué?

—Es así como me gusta que me amen los hombres, a lo salvaje.

—¿De veras..?

—Sí, aunque he tardado en darme cuenta. He estado con varios hombres desde entonces, y ninguno de ellos me ha hecho gozar como tú. Demasiado finos, demasiado delicados... Tú eres un bruto, Bruce, pero sabes hacer vibrar de verdad a una mujer.

Bruce Hopkins sonrió de oreja a oreja, mostrando sus dientes de caballo.

—¡Cómo me alegra que digas eso, Eva! —respondió, atenazándola con sus fuertes brazos.

Eva Gaye volvió a tener complejo de bala de algodón. No obstante, pidió:

—Bésame, Bruce. Y abrázame fuerte.

—¿Más aún...?

—Sí.

—¿Y si te rompo alguna costilla? Eva Gaye sonrió.

—Eso no sucederá, Bruce.

—Ya sé que no —sonrió también Hopkins—. Sólo era una broma. Eva entreabrió los labios, incitando al deseo.

Bruce no se hizo de rogar. Con mucho ardor.

No le gustó demasiado que los labios de Eva estuviesen tan fríos. Era como besar a una muerta.

Pero le animó el pensamiento de que pronto entrarían en calor. Como toda ella.

El se encargaría de ello. Sorprendentemente, sucedió lo contrario.

Fueron sus labios los que comenzaron a quedarse fríos. Casi tan fríos como los de ella. Y esa misma sensación de frío empezó a sentirla Bruce Hopkins en todo su cuerpo.

Extrañado, se separó ligeramente de Eva Gaye.

—Eva... —murmuró.

—¿Qué ocurre, Bruce? —preguntó ella, sin soltar el cuello de él.

—También yo empiezo a sentir frío... Eva sonrió extrañamente.

—Es lógico, Bruce. Me estás transmitiendo tu calor... Por eso yo ya no siento apenas frío.

—¿De veras estás entrando en calor...?

—Oh, sí, ya lo creo —respondió Eva, despojándose de la vistosa camisa de William North.

También se desprendió de la pieza superior del bikini.

Los ojos de Bruce Hopkins se clavaron como dardos en los turgentes senos de Eva Gaye.

Ella volvió a cercarle el cuello con sus brazos.

—Abrázame de nuevo, Bruce —pidió, pegándose a él como un sello. Hopkins pudo comprobar que era cierto.

El cuerpo de Eva ya no estaba frío, sino ligeramente tibio. La abrazó estrechamente y volvió a besarla con ganas.

Tampoco sus labios estaban ahora fríos, sino agradablemente tibios. Pero ella no le transmitía ningún calor.

Al contrario.

Iba absorbiendo paulatinamente el suyo.

El cuerpo de Eva estaba cada vez más caliente. El suyo, en cambio, más frío.

Alarmantemente frío. Peligrosamente frío.

Bruce Hopkins comenzó a tiritar.

Quiso separarse de Eva, pero ella no lo permitió.

Le retuvo pegado a ella con una fuerza increíble, impropia de una mujer.

Bruce intentó separarse por la fuerza bruta, porque se daba cuenta de que Eva estaba agotando el calor de su cuerpo, y eso podía resultar incluso mortal para él.

Pero no consiguió librarse de ella.

Eva le abrazaba con una fuerza sobrenatural.

Por el contrario, la fuerza de él era cada vez menor.

Sus músculos, siempre poderosos, estaban ahora como agarrotados, y apenas podía utilizarlos.

Sentía una gran debilidad.

Debilidad que, a cada segundo que pasaba, se acentuaba más.

De pronto se le doblaron las piernas y cayó al suelo, arrastrando consigo a Eva. Ella quedó sobre él y no le soltó.

El cuerpo de Eva Gaye ardía ahora. Bruce Hopkins dejó de forcejear con ella.

Quedó completamente inmóvil. Eva continuó más abrazada a él. Pegadas sus bocas.

Después, lo soltó y se levantó lentamente, con un brillo de profunda satisfacción en los ojos.

Permaneció junto a él, observándole fijamente.

Bruce, tendido de espaldas en el suelo, parecía mirarla. Pero sus ojos,

extremadamente abiertos, no la veían. No podían ver.

Bruce Hopkins estaba muerto...

CAPITULO V

—¡Se ha marchado! —exclamó William North, con gesto de incredulidad.

—¿Su amiga...? —inquirió la doctora Boyle.

—¡Sí! ¡La dejé acostada en la cama! ¡Debió salir por la ventana! —William corrió hacia ésta.

Se asomó al exterior, pero no vio a Eva Gaye.

Sin dudarlo un segundo, saltó ágilmente por la ventana y desapareció de la vista de la doctora Boyle.

Sandra Boyle fue hacia la ventana y se asomó. Ya no vio al escritor.

Dudó entre saltar ella también por la ventana c esperar en el dormitorio. Se decidió por esto último.

Lo de saltar por las ventanas era más propio de cacos. No tuvo que esperar mucho.

Un par de minutos después de que desapareciera por la ventana, William North estaba de vuelta.

Pero no entró por la ventana, como esperaba Sandra Boyle, sino por la puerta.

—Su coche no está —informó William.

—¿El mío...? —respingó graciosamente la doctora.

—No, tranquilícese. Me refería al de Eva Gaye. El «Mercury» azul— aclaró William. Sandra Boyle respiró aliviada.

—Qué susto me ha dado...

—Lo siento, no era mi intención —se disculpó William. La doctora Boyle fue hacia él.

—De modo que su amiga Eva se ha largado, ¿eh?

—Así parece.

—Pues si está en condiciones de saltar por las ventanas y conducir su automóvil, no debe hallarse muy enferma... —observó Sandra Boyle, con cierta ironía.

—Su cuerpo estaba helado, ya se lo he dicho. Y sufrió un desvanecimiento...

—¿Había vuelto en sí, cuando yo llamé a la puerta? —interrogó 1a doctora.

—Sí, llevaba unos minutos despierta —asintió William.

—¿Dijo algo?

—Que tenía mucho frío,

—¿A pesar de las mantas...? —pareció extrañarse la doctora Boyle.

—Las mantas no le hacían nada. Su cuerpo estaba tan frío como cuando la encontré tirada en la arena.

—¿No estaba usted con ella, cuando...? William North sacudió la cabeza.

—No, yo había quedado en reunirme con ella un rato después. Quería terminar el capitulo que tengo entre manos —explicó.

—Entiendo.

—Yo no entiendo nada —rezongó William.
—¿Cómo?
—No haga caso, son cosas mías, Sandra Boyle suspiró,
—Bien, puesto que ya no hay paciente que atender, mi presencia en esta casa ya no es necesaria.
—No se vaya, doctora Boyle —rogó William.
—No hay razón para que me quede, señor North,
—Hemos de encontrar a Eva.
—¿Hemos...?
—Sí, usted y yo. Eva necesita urgentemente que la vea un médico.
—¿Está seguro de eso...? —preguntó Sandra Boyle, con ironía.
—Usted también lo estará, cuando yo se lo cuente todo.
—¿Es que hay más...?
—Las quemaduras de su mano derecha.
—¿Quemaduras? —pestañeó la doctora Boyle. William le habló de ellas.
—¿Y usted dice que Eva no sentía ningún dolor? —exclamó Sandra Boyle, incrédula.
—En absoluto. Y lo que es más raro aún: no recuerda cómo se las hizo.
—Es asombroso...
—¿Que no recuerde cómo se quemó la mano?
—No, eso no. Que no le duelan las quemaduras.
—Pues no le duelen, ya se lo he dicho. Según ella, es como si no las tuviera. Y hay otra cosa: su mirada.
—¿Qué pasa con su mirada?
—No es normal, doctora Boyle. Sus ojos tienen ahora un brillo agudo, extraño... Conozco desde hace tiempo a Eva Gaye y puedo asegurarle que sus ojos jamás tuvieron esa expresión.
Sandra Boyle se acarició la barbilla.
—Eso es muy interesante, señor North.
—¿Sabe lo que temo, doctora Boyle?
—¿Qué?
—Que la mente de Eva no funciona como es debido desde que sufrió el desvanecimiento.
—Sus temores no son infundados, desde luego. El hecho de que Eva se haya largado, saltando por la ventana, así parece confirmarlo. Luego está lo de las quemaduras. Tienen que dolerle, aunque ella diga que no.
—Es lo que pienso yo.
—¿Será fácil encontrarla, señor North?
—¿A Eva?
—Sí.
—Espero que no. Lo más probable es que se dirija a su casa.
—¿Por qué piensa eso?
—Dejó su vestido y sus zapatos aquí. Va en bikini. Y descalza. ¿A qué otro lugar podría dirigirse, yendo así?

—Estoy de acuerdo con usted, señor North.
—¿Quiere decir eso que está dispuesta a acompañarme a casa de Eva, doctora Boyle?
—Sí, iré con usted.
—No sabe cuánto se lo agradezco. Vamos, no hay tiempo que perder —indicó William, cogiéndola del brazo.
Pero Sandra Boyle no se movió. William la miró, extrañado.
—¿Ocurre algo, doctora Boyle?
—Ya lo creo. Que me sigue usted recordando demasiado a Mark Spitz —respondió ella, sonriendo con ironía.
El escritor dio un respingo.
—¡Diablos, había olvidado que sigo en bañador!
—Lo suponía. Por eso me he permitido recordárselo. William carraspeó.
—Espere fuera, doctora Boyle —rogó—. Me cambiaré en un segundo.
—Sería todo un récord —repuso Sandra Boyle, y caminó hacia la puerta. Salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.
William North se sonrió. Era simpática la doctora. Le gustaba.
Se despojó del pequeño bañador y procedió a vestirse.
Fue entonces cuando descubrió que su camisa había desaparecido. Inmediatamente sospechó que se la había llevado Eva.
Lo encontró lógico.
Sentada al volante, con un bikini tan atrevido como el que ella llevaba puesto, hubiera llamado la atención.
Y hasta podrían haberla multado por conducir tan ligera de ropa. William abrió el armario y cogió otra camisa, muy veraniega también.
Se la puso rápidamente y salió de su dormitorio.
—Ya podemos irnos, doctora Boyle.
—Cuando quiera, señor North —sonrió ella, levantándose del sillón en el que se había sentado.
Salieron los dos de la casa.
—¿Vamos en mi coche o en el suyo? —consultó el escritor.
—En el mío —respondió la doctora Boyle—. Así no tendré que volver aquí a por él.
—Como prefiera.
Se introdujeron los dos en el «Pontiac» dorado de Sandra Boyle. La atractiva doctora accionó la llave de contacto.
Segundos después, el coche se ponía en movimiento.
William observe que la doctora Boyle conducía expertamente, con seguridad.
—¿Dónde vive su amiga, señor North? William se lo dijo.
—En quince minutos estaremos allí —profetizó ella. William sonrió,
—Conque yo le recordaba a Mark Spitz, ¿eh?
—Sí —asintió la doctora Boyle, riendo.
—¿Sabe a quién me recuerda usted?

—¿A quién?
—A Manuel Fangio.
—Vaya, no sabía que tuviera cara de hombre.
—¡Y no la tiene! Me refería a su habilidad con el volante —aclaró rápidamente William.
—Sí, no se me da mal.
—Se le da estupendamente.
—¿Por qué se sorprendió tanto cuando me abrió la puerta?
—La enfermera del doctor Clark ya me advirtió que vendría una doctora, pero yo no me la imaginaba tan joven. Ni tan bonita —piropeó William.
Sandra Boyle sonrió encantadoramente.
—Soy una chica lista, y no tuve necesidad de repetir ningún curso —explicó, medio en broma y medio en serio.
—Eso explica que ya tenga usted el título de doctora en Medicina, pese a su juventud, pero no lo otro...
—¿Lo otro?
—Que sea tan bonita...
—Eso es de nacimiento —siguió bromeando la doctora Boyle.
—Cuando me sienta mal, la llamaré a usted para que me atienda —prometió William.
—No debe hacerlo. El doctor Clark se molestaría.
—Conmigo, no. Me conoce bien, y sabe que siempre me han gustado bastante más las mujeres que los hombres.
—Eso no hace falta que lo jure. Su fama, en ese aspecto, no deja lugar a dudas.
—¿A qué fama se refiere?
—A la de mujeriego, naturalmente.
—Bueno, bueno... —carraspeó William—. Sobre todo eso habría mucho que discutir.
—No hay nada que discutir. Usted no es partidario del matrimonio. No se conforma con una sola mujer. Lo decía claramente en la entrevista que leí.
—No debe hacer mucho caso de lo que yo diga en las entrevistas.
—¿Por qué no? ¿Acaso sus respuestas no son sinceras?
—Algunas de ellas, no.
—¡Oh!, entonces es un mentiroso... William sonrió.
—Tampoco es eso, doctora Boyle.
—¿Cómo que no? En mi país, que también es el suyo, a la persona que no dice la verdad, se le llama mentiroso.
—¿Usted siempre dice la verdad, doctora?
—¡Siempre!
—Acaba de decirme una mentira.
Sandra Boyle pareció que iba a enfadarse, pero acabó sonriendo.
—Sí, tiene usted razón, señor North. No siempre digo la verdad. Pero casi siempre.

Tengo que tener una razón muy poderosa para mentir.

—Eso sí me lo creo.

—No es ése su caso, señor North. Si usted miente cuando le hacen una entrevista, es porque quiere.

—Porque me conviene, que no es lo mismo —puntualizó William.

—¿Que le conviene?

—Soy escritor, doctora, y por tanto, vivo del público. Si la gente no comprase mis libros, tendría que dedicarme a otra cosa. Y yo no quiero dedicarme a otra cosa, porque lo que a mí me gusta es escribir.

—Me parece muy bien. Pero, ¿qué tiene eso que ver con las entrevistas y con las supuestas mentiras que usted dice en ellas?

—Oh, mucho. La gente que lee mis libros se ha formado, a través de ellos, una imagen de mí. Y yo tengo que hacer honor a esa imagen...

Sandra Boyle le miró de un modo extraño.

—¿Trata de tomarme el pelo, señor North?

—Dios me libre.

—Entonces, no lo entiendo.

—La creo. Es muy complicado todo esto. Pero tal vez le parezca más sencillo sí le digo que yo tengo dos personalidades: la que se desprende de mis libros y de las entrevistas que me hacen, que es totalmente falsa, y la mía propia, que lógicamente, es la auténtica, la verdadera. Y que muy poca gente conoce, por cierto. Se podrían contar con los dedos de una mano y sobrarían dedos.

—Entonces, ¿no es usted un mujeriego...? William sonrió.

—Me gustan bastante más las mujeres que los hombres, se lo dije hace un momento. Pero no soy un Don Juan Tenorio, desde luego.

—¿Y por qué no se ha casado?

—Porque todavía no me he tropezado con la mujer de mi vida. El día que la encuentre, me casaré con ella. Y no tendré necesidad de otras mujeres, se lo aseguro.

—Me gustaría creerle, señor North, pero...

—Puede hacerlo, porque le estoy hablando con el corazón en la mano. Y no acabo de explicarme por qué soy tan sincero con usted, ¿sabe? En realidad, apenas nos conocemos. Será que usted inspira confianza, doctora Boyle.

Sandra Boyle sonrió suavemente.

—Sí, eso será.

—Detenga el coche, ya hemos llegado —indicó William. La doctora Boyle frenó su automóvil.

Salieron los dos del «Pontiac».

Eva Gaye vivía en una bonita casa, rodeada de césped y flores. William pulsó el timbre.

Eva no abrió.

William y la doctora Boyle intercambiaron una mirada.

—Parece que su amiga no está, señor North —observó ella.

—O que no quiere abrir —repuso el escritor.

—También es posible.

William atrapó el pomo de la puerta y lo hizo girar.

Como la puerta no estaba cerrada con llave, se abrió. William penetró en la casa, de una sola planta.

—Adelante, doctora —indicó. Sandra Boyle pasó al interior.

Las luces estaban apagadas, pero se filtraba luz suficiente por las ventanas. No obstante, William encendió la lámpara del recibidor.

—Por aquí, doctora Boyle —siguió indicando, adentrándose en el acogedor living, cuyas luces también encendió.

Sandra Boyle miró a su alrededor.

—Se ve que Eva es una chica muy aseada —comentó.

—Sí, lo es —asintió William, que, a continuación, rogó—: Espere aquí, doctora. Voy a mirar en las habitaciones.

—Será perder el tiempo, señor North. Es evidente que su amiga no está en casa.

—Quiero asegurarme.

William revisó el resto de la casa. La doctora Boyle acertó.

Eva no había vuelto a casa, lo cual preocupó al escritor.

—¿Qué hacemos ahora, señor North? —inquirió Sandra Boyle. William se pasó las manos por los cabellos.

—No lo sé, doctora. No tengo idea de dónde haya podido ir Eva. Por lo tanto, creo que lo mejor será...

El escritor se interrumpió.

La puerta acababa de abrirse. Eva Gaye entró en la casa.

CAPITULO VI

La hermosa pelirroja no pareció sorprenderse en absoluto de encontrarse a William North en su casa, acompañado de la doctora Boyle.

La razón era bien sencilla: había visto estacionado delante de su casa el «Pontiac» dorado que ya viera cuando se marchó, saltando por la ventana, de la casa del escritor.

No le fue difícil deducir, pues, que la doctora Boyle se encontraba en su casa.

Y era lógico que William North estuviese con ella. El la había traído.

Eva, en un principio, pensó en pasar de largo por delante de su casa, estacionar su coche en la esquina más próxima, y esperar allí a que el escritor y la doctora se marchasen.

Finalmente, sin embargo, decidió entrar y enfrentarse con ellos.

Estaba segura de que sería divertido, dado su estado físico actual, que era inmejorable. Gracias a Bruce Hopkins, naturalmente.

Aunque a él le había costado la vida.

Pero Eva no sentía ningún remordimiento.

Necesitaba el calor de su vigoroso cuerpo y lo había absorbido. Si bruce había muerto, mala suerte.

Eva Gaye caminó resueltamente hacia William North y la doctora Boyle, con una suave sonrisa en los labios.

Unos labios que habían recobrado su color natural, como el resto de su cara.

—¿Qué significa esto, William? —inquirió, parándose a medio metro de ellos. El escritor tardó unos segundos en responder.

Miraba fijamente a Eva Gaye. Sus ojos, especialmente.

Ya no miraban de aquel modo tan extraño, agudo y penetrante.

Volvían a tener una expresión natural, la misma que habían tenido siempre.

—Estaba... estaba preocupado por ti, Eva —balbució William—, ¿Por qué te marchaste?

Eva Gaye miró a la doctora Boyle.

—No me gustan las doctoras, ya te lo dije.

Sandra Boyle no se inmutó por las palabras de la bella pelirroja. Es más, sonriendo afectuosamente, rogó:

—¿Me permite que le haga un pequeño reconocimiento, Eva?

—¿Para qué, si me encuentro estupendamente? —repuso ella.

—¿Ya no siente frío?

—Ninguno.

William North alzó la mano y le tocó la mejilla.

—Tu cara ya no está fría... —murmuró.

—Ni mi cuerpo. Tócame y verás.

Al igual que hiciera con Bruce Hopkins, Eva Gaye se abrió la camisa de

par en par, sin importarle la presencia de la doctora Boyle.

A William sí le importó.

Esa fue la razón de que carraspeara nerviosamente, al tiempo que miraba a Sandra Boyle.

Esta le hizo un gesto, indicándole que tocara el cuerpo de su amiga, para ver si era cierto que ya no estaba frío.

A pesar de ello, el escritor titubeó.

—¿Qué ocurre, William? ¿Te has vuelto tímido de pronto? —preguntó irónicamente Eva.

William alargó por fin la mano y la posó sobre el suave vientre de la pelirroja, casi plano.

—Es cierto, doctora —confirmó, retirando la mano—. La temperatura del cuerpo de Eva es ahora normal.

Eva Gaye se cerró la camisa, diciendo:

—¿Ve como no es necesario que me reconozca, doctora Boyle?

—Sufrió usted un desvanecimiento, Eva —recordó Sandra Boyle.

—Sí, fue al poco de salir del agua. Un corte de digestión, tal vez. Se me nubló la vista y me desplomé. Pero ya estoy bien.

—Muéstrame las quemaduras —rogó la doctora Boyle.

—¿Quemaduras? ¿Qué quemaduras?

—Las que tiene en la mano derecha.

Eva Gaye movió la cabeza de derecha a izquierda.

—No sé de qué me habla, doctora —dijo, y su expresión parecía de lo más sincera. Sandra Boyle miró a William North.

Este cogió el brazo derecho de Eva y la obligó a mostrar la mano. El escritor se quedó estupefacto.

¡Las quemaduras habían desaparecido!

¡No quedaba ni rastro de ellas!

William, sin salir de su estupor, tocó la palma de la mano de Eva y las caras inferiores de sus dedos.

Temía que sus ojos le estuviesen jugando una mala pasada.

¡Tenía que tocar para convencerse! Y se convenció.

La mano de Eva estaba cálida y suave, como siempre. No tenía no el más ligero rasguño.

William, sin soltar la mano de Eva, volvió lentamente sus asombrados ojos hacia la doctora Boyle.

—Nada... —musitó.

El desconcierto de Sandra Boyle era evidente.

Pareció que iba a decir algo, pero no pronunció palabra.

—¿Quiere alguien explicarme qué historia es ésa de las quemaduras? —rogó Eva Gaye. William giró bruscamente la cabeza y la miró, muy serio.

—Eres tú quien tiene que explicarse, Eva.

—¿Yo...?

—¿Qué ha pasado con tus quemaduras?

—Repito que no sé nada de quemaduras, William.

—Las tenías, cuando te encontré desvanecida en la playa. Y tú te las viste cuando recuperaste el conocimiento. Y dijiste que no te dolían, que era como si no las tuvieras...

Eva sacudió la cabeza.

—Todo eso debes haberlo soñado, William.

—No fue un sueño, y tú lo sabes.

—¿Con qué iba a quemarme yo en la playa, vamos a ver?

—Eso tú sabrás.

—No seas absurdo, William. No había nada en la playa con lo que pudiera haberme quemado. Y si lo hubiera habido, y yo me hubiese quemado la mano, hubiera rabiado de dolor al despertarme. Y tendría las quemaduras...

—Lo que Eva dice es muy lógico, señor North — intervino la doctora Boyle—. Debe usted meditarlo.

—¡Pero yo vi sus quemaduras, doctora! —insistió William, perdiendo la calma.

—Imaginaciones tuyas. William —dijo Eva.

—¡Y un cuerno! —Rugió el escritor, dando una patada en el suelo—. ¡Tenías la mano quemada, Eva! ¡Lo vi yo y lo viste tú, aunque ahora te empeñes en negarlo!

—Yo no vi nada, William.

El escritor iba a replicar de nuevo, pero la doctora Boyle le contuvo:

—Tranquilícese, señor North

—¡Y de ninguna manera tampoco, me temo! —barbotó William.

—Serénese, se lo ruego. Es como mejor se afrontan los hechos, con serenidad.

—Este hecho, doctora, es difícil de afrontar con serenidad. Yo vi que Eva tenía la mano quemada y ahora, sólo media hora después, no tiene ni rastro de las quemaduras. ¿Existe algún medicamento capaz de hacer desaparecer por completo unas quemaduras en menos de treinta minutos?

—Evidentemente, no —respondió Sandra Boyle.

—¿Cómo se explica, entonces?

—La explicación es muy sencilla, William —habló de nuevo Eva Gaye—, esas quemaduras sólo existen en tu imaginación.

El escritor la fulminó con la mirada.

—¡No vuelvas a decir eso o te estrangulo, Eva! —amenazó.

La pelirroja se echó a reír.

—Doctora Boyle, me temo que William North necesita mucho más que yo un reconocimiento físico. Y muy a fondo.

—¡Que lo de estrangularte no iba en broma, te lo advierto! —rugió William, alargando una mano hacia el cuello de Eva.

Ella dio un saltito hacía atrás.

—¿Se da cuenta, doctora...? William se cree que es Otelo y a mí me toma por Desdémona. ¡Quiere estrangularme...! —exclamó, riendo burlonamente.

William North apretó furiosamente los dientes.

—Conque me creo Otelo, ¿eh? ¡Ahora te diré yo a ti!

—¡Socorro, doctora Boyle! —chilló Eva, cuyo lindo gaznate acababa de ser aprisionado por la mano del escritor.

—¡Señor North, contrólese! —gritó Sandra Boyle, agarrando el brazo del enfurecido escritor.

William soltó el cuello de la pelirroja, el cual apenas había llegado a apretar.

—No se preocupe, doctora. Sólo quería darle un susto a esta embustera —masculló.

—¡El embustero serás tú! —Replicó Eva—. ¡Salvaje, más que salvaje! ¡Menos mal que la doctora Boyle estaba presente, que si no...! —añadió, masajeándose el cuello, ligeramente enrojecido.

—Así aprenderás a no llamar loco a nadie.

—¡Ya no me cabe ninguna duda de que lo estás! ¡Has intentado asesinarme!

—¡No digas estupideces!

—¡La doctora Boyle ha sido testigo de ello!

—El señor North sólo quería asustarla, Eva, ya lo ha oído usted —intervino Sandra Boyle, apaciguadora.

—¡Eso es lo que él dice ahora!

La doctora Boyle volvió a coger de! brazo al escritor,

—Será mejor que nos vayamos, señor North.

—¡Sí, doctora, llévveselo! ¡Pero cuidado con él! ¡Necesita una camisa de fuerza! —gritó Eva.

—¡De momento me conformo con la mía! —dijo William, y recuperó su camisa con un par de zarpazos, dejando a Eva Gaye con su atrevido bikini rojo.

—¡No quiero volver a verte más, William! —rugió la pelirroja.

—¡Ni yo a ti! ¡Vámonos, doctora!

—¡Ojalá te encierren en un manicomio!

—¡Allí puede que acabes tú! —replicó William, que ya se llevaba casi a rastras a la doctora Boyle hacia la puerta.

—¡Al diablo!

William North no replicó más, aunque no fue por falta de ganas.

El y la doctora Boyle salieron de la casa, cuya puerta cerró el escritor de forma violenta. Al quedarse sola, Eva Gaye se dejó caer en el sofá y rompió a reír.

Le había salido todo perfecto.

William North no volvería a preocuparse de ella. Y, por consiguiente, tampoco la doctora Boyle. Eso era lo que ella quería.

De ese modo, podría dedicarse de lleno, a su tarea sin temor de ser descubierta. Y su tarea no era otra que absorber calor.

Calor humano. Cuanto más mejor.

Lo necesitaba lo que llevaba dentro de ella...

CAPITULO VII

William North y Sandra Boyle alcanzaron el coche de ésta.

El escritor reconoció:

—No debí perder los estribos. Sé que Eva no está normal y... ¿Por qué me mira así, doctora?

Estoy desconcertada, señor North —confesó Sandra Boyle.

—No pensará usted que soy yo quien no está normal, ¿verdad? — inquirió William, entrecerrando un ojo.

—Naturalmente que no —sonrió la doctora Boyle—. Aunque tengo motivos para pensarlo, debe reconocerlo.

—Si se refiere a mi violenta discusión con Eva...

—Me refiero, más concretamente, a las supuestas quemaduras.

—De supuestas, nada.

—¿Sigue afirmando que Eva tenía la mano derecha quemada?

—¡Naturalmente que lo sigo afirmando! ¡Vi esas quemaduras con mis propios ojos, doctora!

—Está bien, no se excite.

—¡Me pone furioso que usted también dude de mí!

—Es la realidad de los hechos lo que me hace dudar, señor North. Por desgracia, nada de lo que usted me contó sobre Eva se ha podido comprobar. Ni su mirada es anormal, ni su cuerpo está frío, ni tiene quemaduras en la mano derecha. Y esto último, francamente...

—¡Las tenia, doctora! —insistió una vez más William, dando un puñetazo en la capota del «Pontiac»—. ¡Y ella lo sabe tan bien como yo!

Sandra Boyle dio un suspiro.

—Le llevaré a casa, señor North.

—No se moleste, tomaré un taxi —gruñó William.

—Prefiero llevarlo yo. Estando tan excitado, es capaz de ponerse a discutir acaloradamente con el taxista por un quítame estas pajas —sonrió la doctora Boyle.

—¿Y teme que lo estrangule...?

—Si lo toma también por Desdémona, ya me veo al pobre taxista con un palmo de lengua fuera.

—¡Le repito que estoy en mis cabales, doctora! —gritó William, y le atizó de nuevo a la capota del «Pontiac».

—Por Dios, que sólo era una broma, señor North... ¿Es que no se ha dado cuenta?

La dulce expresión del rostro de Sandra Boyle hizo remitir la furia del escritor, quien acabó esbozando una sonrisa.

—Le ruego que me disculpe, doctora Boyle. Mis nervios se han alterado de tal modo que...

—Procure relajarse y se sentirá mejor.

—Seguiré su consejo.
—Vamos, suba al coche —indicó Sandra Boyle.
—¿De veras no será una molestia para usted llevarme a casa?
—Ninguna, se lo aseguro.
—Es usted muy amable, doctora. Subieron los dos al coche.
La doctora Boyle lo puso en marcha.
Recorrieron varios centenares de metros en silencio.
—Está usted muy callado, señor North —observó Sandra Boyle.
—No puedo dejar de pensar en todo lo sucedido —respondió William.
—Así no conseguirá relajarse.
—Sí, es verdad.
—Hablemos de algo que no tenga nada que ver con Eva —sugirió la doctora Boyle.
—De usted. ¿No tiene inconveniente?
—Ninguno.
—¿Cuántos años tiene? Y no vale quitarse.
—Voy a cumplir veintiséis. Y le aseguro que no me quito ninguno.
—¿Soltera o casada?
—¿No ve que no llevo anillo...? —Sandra Boyle le mostró las manos.
—No suelte el volante que nos la pegamos.
La doctora Boyle volvió a tomar el volante, riendo.
—¿Qué pasa, ya no le recuerdo a Manuel Fangio...?
—El gran Fangio no solía conducir sin manos, que yo sepa.
—Dejemos a Fangio y sigamos hablando de mí. O de usted, si lo prefiere.
—Continuemos con usted. ¿Por qué sigue soltera?
—Porque nadie me ha propuesto matrimonio.
—Ahora una de indios.
—¡De veras! —insistió Sandra Boyle, volviendo a reír.
—¿Cómo voy a creerla, con esa cara y esa figura? Lo que pasa es que usted debe ser muy exigente a la hora de elegir marido, y ninguno de los que se lo proponen resulta de su agrado.
—No soy una chica exigente. Si acaso, conmigo misma. Pero no con los demás.
—Entonces, no lo entiendo.
—Tiene una explicación, señor North: salgo poco con hombres. Nada, para ser exactos.
—¿No le gustan...?
—Sí, claro. Pero, hasta ahora, apenas he tenido tiempo para divertirme. Tomé mis estudios muy en serio, ¿sabe? Y ahora también tomo muy en serio mi trabajo. Créame si le digo que no tengo tiempo ni para rascarme la espalda.
—Pues búsquese a alguien para que se la rasque.
—No está mal el chiste —rió la doctora Boyle.
—Hablaba en serio, doctora. Yo me ofrezco desinteresadamente.
—¿Para rascarme la espalda?

—Claro.

—De acuerdo. Cuando me pique, ya le avisaré.

—Confío en ello.

Rieron los dos alegremente.

Poco después, Sandra Boyle frenaba su coche frente a la casa del escritor.

—Llegamos, señor North.

—Gracias por traerme, doctora Boyle.

—Ha sido un placer.

—Espero su llamada.

—¿Mi llamada?

—Para lo de la espalda, ya sabe.

—No lo olvidaré, no se preocupe —sonrió Sandra Boyle. William salió del coche.

—Señor North...

—¿Sí, doctora?

—Va a olvidarse de Eva Gaye, ¿verdad?

—Por completo.

—Mejor. Si volviera usted por su casa, tendría problemas. —Lo sé. Por eso no pienso volver.

—Buenas noches, señor North.

—Hasta pronto, doctora.

Sandra Boyle puso en funcionamiento su coche y se perdió de vista en unos segundos. William North hizo ademán de entrar en su casa, pero se detuvo.

Acababa de recordar algo.

Eva había llegado a su casa después que ellos, pese a haber salido unos minutos antes, lo cual significaba que no fue directamente a su casa.

Había estado en otro lugar. Pero, vestida de aquel modo...

William pensó que tal vez Eva volvió a la playa, al lugar donde él la encontró desvanecida.

Recordó la bola de piedra que encontró cerca de la mano derecha de Eva.

¿Habría vuelto Eva por ella?

¿Tendría algo que ver con su desvanecimiento y sus quemaduras, ahora misteriosamente desaparecidas?

William reflexionó.

Por la forma de las quemaduras —palma de la mano y cara inferior de los dedos—, y el tamaño de la bola de piedra, podría pensarse que Eva se las produjo al tomar la piedra en su mano.

Claro, que no era lógico que una piedra quemase...

Pero, ¿acaso tenía algo de lógico todo lo que desde entonces había sucedido? En absoluto.

Esa fue la razón de que William, en lugar de entrar en casa, se dirigiera a la playa. En busca de la bola de piedra.

De paso, recogería la toalla de baño. Estaba empezando a oscurecer.

William alcanzó el lugar.

La toalla seguía sobre la arena, revuelta y sucia. La bola de piedra, también.

William recogió primero la toalla y luego tomó la piedra

Le produjo una extraña sensación.

Esperaba que pesase más, pero era sorprendentemente ligera. Sospechosamente ligera.

William empezó a pensar que aquella bola no era de piedra, como por su color oscuro se desprendía, sino de otra materia, por el momento desconocida para él.

Esto le hizo ponerse en guardia. Desconfiar de la extraña esfera. Temerla, incluso.

No quería tenerla por más tiempo en la mano.

La envolvió con la toalla de baño y se dirigió a la casa.

Mientras caminaba, pensó que sería conveniente que alguien examinase, estudiase y analizase aquella esfera.

Alguien entendido en la materia, naturalmente. La persona más indicada era un geólogo.

William no conocía ninguno. Pero no importaba.

Lo buscaría en la guía telefónica.

William ya estaba en el porche de su casa.

Entró en ella y fue directamente en busca de la guía telefónica.

Un par de minutos después, daba con los nombres y direcciones de cinco geólogos. Descolgó el auricular y marcó el número de uno de ellos: Terence Walton.

Le respondió una voz femenina, perteneciente a una mujer joven. William preguntó por Terence Walton.

Su interlocutora le dijo que el profesor Walton no se encontraba en casa, pero que no tardaría en llegar,

William dio las gracias a la chica y colgó el auricular.

Seguidamente, salió de la casa y abrió la puerta del garaje, llevando con él, envuelta en la toalla, la extraña esfera.

Minutos después, en su coche, un «Lancia» color crema, se dirigía a la casa del profesor Walton.

CAPITULO VIII

Eva Gaye se levantó del sofá en el que se había dejado caer al salir William North y la doctora Boyle de su casa, y penetró en su dormitorio.

Abrió el armario.

Escogió la minifalda más descarada que tenía, una liviana blusa, semitransparente, y unos zapatos rojos, de mediano tacón.

Fue a ponerse la blusa, pero se lo pensó mejor y se despojó primero de la pieza superior del bikini.

Se pondría la blusa sin nada debajo. Era más conveniente para sus planes.

Se colocó la blusa y luego la falda, que no llegaba a medir un palmo. Después de ponerse también los zapatos, se miró en el espejo del armario.

Sonrió satisfecha.

Con aquella atrevida indumentaria, conseguiría todos los hombres que quisiera.

Sólo le faltaba cepillarse un poco el pelo y echarse un perfume apropiado para sus fines.

Lo tenía.

Se llamaba «Deseo» y despertaba el ídem apenas ser olfateado.

Eva se sentó al tocador e hizo ambas cosas: cepillarse el cabello y rociarse del caro y seductor perfume.

Se levantó de la banqueta y abandonó el dormitorio, saliendo de la casa.

En su «Mercury» azul, se dirigió al centro de la ciudad. Conduciendo sin prisas.

Y prestando más atención a las personas que circulaban por las aceras que al tráfico rodado.

En cuanto viera un hombre joven, fuerte y robusto, con cara de ligón, le abordaría. Y si no tenía cara de ligón, era igual.

Lo importante era que tuviese un cuerpo sano y enérgico. Lo demás, corría de su cuenta.

Con sus indudables atractivos, podía conquistar al hombre más tímido del mundo. Unos diez minutos después de haber salido de su casa, descubrió la primera «pieza». El tipo reunía todas las condiciones.

De unos veintisiete años de edad, alto y fornido, con cara de soltero... Y no era feo.

Tenía el pelo rubio y un rostro simpático. Eva no lo dudó más.

Acercó su coche a la acera y lo detuvo a la altura del tipo rubio.

—¡Caballero, por favor! —llamó, asomando su sensual rostro por la abierta ventanilla. El tipo se detuvo y la miró.

—¿Es a mí? —preguntó, extrañado.

—Sí, acérquese un momento.

El tipo obedeció.

—¿En qué puedo servirle, preciosa? —inquirió, sonriendo.

—Hombre, gracias por lo de preciosa —repuso Eva.

—Lo es —afirmó el tipo, inclinándose y apoyando las manos en la ventanilla.

Gracias a ello pudo contemplar los torneados muslos de Eva, que la cortísima minifalda no podía cubrir ni siquiera en parte.

Bueno, unos pocos centímetros sí habría podido cubrir... Pero Eva no quiso.

Le convenía más exhibirlos totalmente.

El tipo rubio no supo disimular la favorable impresión que le producían las piernas de la pelirroja, largas y tostadas por el sol, lo cual acentuaba el deseo de acariciarlas.

Este deseo, unido al otro «Deseo», el que emanaba del pelo, del rostro y del busto de Eva Gaye, excitaron al tipo de tal manera que estuvo a punto de introducirse en el coche por la ventanilla.

Pero logró dominarse. Eva preguntó:

—¿Sabe usted dónde está el Diana Club?

—Sí, lo sé —respondió el tipo.

—¿Sería tan amable de indicármelo?

—Bueno, no es tan fácil, porque queda algo lejos de aquí... Pero puedo acompañarla hasta allí, si no tiene inconveniente.

—¿No será una molestia para usted?

—¡En absoluto!

—En ese caso, acepto su amable ofrecimiento. Suba, por favor —rogó Eva, abriendo la portezuela.

El tipo subió al coche y cerró la puerta.

Fue entonces, una vez acomodado en el asiento, cuando descubrió que la blusa de Eva permitía entrever lo que había debajo.

Se excitó más todavía.

Eva puso el coche en movimiento.

El tipo puso en movimiento otra cosa: su mano izquierda. La posó sobre la rodilla derecha de la pelirroja.

Eva le miró un instante, con una maliciosa sonrisa en los labios.

—Es usted un fresco, rubio.

—Usted, en cambio, parece una chica muy calurosa —repuso él, sin retirar la mano.

—¿Por qué lo dice?

—Por el tamaño de la falda y por lo ligera que es la tela de su blusa.

—Estamos en verano, ¿no?

—Sí, eso parece.

—Ande frene su mano —rogó Eva.

—¿Por qué?

—Está subiendo muy arriba y acabará poniéndome nerviosa. Era cierto.

La mano del tipo había superado ya la mitad del muslo femenino.

Y seguía ascendiendo.

—¿Y qué sucede cuando se pone nerviosa? —preguntó él. —Por de pronto, que no puedo conducir así.

—Pues pare el coche.

—Si paro el coche, nunca llegaré al Diana Club.

—Se lo pasará mejor conmigo que en el Diana Club —aseguró el tipo.

—¿Qué me está proponiendo?

—Una noche como para recordarla por mucho tiempo. —¿En el coche...?

—Buscaremos un lugar apropiado.

—¿Cómo por ejemplo...?

—Conozco un sitio estupendo. Hay muchos árboles, crece la hierba...

—La hierba, para los conejos.

—¿Cómo?

—Qué prefiero la playa.

—Entonces, vamos a la playa.

—Sí, pero deje sus manos quietas. Al menos, hasta que lleguemos a la playa. El tipo rubio rió.

—No sé si podré, ¿sabes? Estás tan apetecible...

—Ya me acariciarás cuanto quieras cuando lleguemos.

—Está bien. ¿Cómo te llamas?

—Eva. ¿Y tú?

—Adán.

La que rió ahora fue la pelirroja.

—Eso ha tenido gracia.

—También lo tuyo.

—Yo no te he engañado, me llamo Eva de verdad. Eva Gaye.

—¿En serio...?

—Claro.

—Caramba, pensé que bromeabas... Yo me llamo Rock. Rock Fowler.

—Encantada, Rock.

—Lo mismo digo, Eva.

Eva Gaye y Rock Fowler siguieron conversando mientras se dirigían a la playa.

Minutos después, Eva detenía el coche en un lugar solitario, muy apropiado para sus planes, muy distinto de lo que el pobre Rock Fowler sospechaba.

Descendieron los dos del coche y caminaron hacia la playa, cogidos de la mano. La arena, en aquel lugar, formaba pequeñas dunas.

Cuando estuvieron entre ellas, Eva se detuvo y miró a su víctima. Entrecerrando ligeramente los ojos.

Sus pupilas adquirieron un brillo extraño. Agudo.

Penetrante.

Así miró a William North, poco antes de proponerle que se tendiera junto a ella en la cama, para proporcionarle calor con su cuerpo.

También miró así a Bruce Hopkins, poco antes de acabar con él.

Sin decir nada, se descalzó, se desabrochó la blusa y la dejó resbalar lentamente hasta el suelo.

Hizo lo propio con la breve falda.

Sólo conservó la reducida pieza inferior de! bikini. Rock Fowler quedó maravillado ante tanta belleza.

Intentó abrazar el prodigioso cuerpo de Eva, pero ella le puso una mano en el pecho y lo frenó.

—Quítate la ropa, Rock. Así estaremos en igualdad de condiciones. Rock Fowler se desvistió apresuradamente.

Ardía en deseos de estrujar aquel cuerpo tan tentador.

Qué lejos estaba él de sospechar que todo aquel ardor iba a durarle menos que un huevo de chocolate en manos de un niño de cuatro años.

Así fue...

Abrazó a la irresistible Eva y la besó en los labios fervorosamente. Ella también le abrazó con fuerza.

Y le devolvió el beso con idéntico fervor.

A los pocos segundos, el fornido cuerpo de Rock Fowler empezó a quedarse frío. Al mismo tiempo, el de Eva Caye aumentaba su calor.

Llegó un momento en que la piel del cuerpo de la pelirroja quemaba.

Rock Fowler, tan asombrado por la pérdida de calor de su cuerpo, como por el aumento de temperatura del de Eva Gaye, intentó separarse de ella.

No pudo.

Ella pareció tener más fuerza que él. Y realmente la tenía.

Rock Fowler, incrédulo, comenzó a forcejear desesperadamente.

En su forcejeo, perdió el equilibrio y cayó sobre la arena. Eva Gaye, que no le soltó en ningún momento, quedó sobre él.

Rock Fowler quiso gritar, pero la boca de la pelirroja, pegada fuertemente a la suya, se lo impidió.

Hubiera sido un grito de terror. Terror ante lo sobrenatural.

Porque sobrenatural era que una mujer tuviese mayor fortaleza que él, un hombre joven y robusto.

Y que le estuviese dejando frío como el hielo.

Rock Fowler pensó muchas cosas en muy pocos segundos. Que Eva Gaye era una bruja. Que llevaba el demonio en el cuerpo.

Que era una extraterrestre. Que...

No pudo seguir pensando.

Sintió una dolorosa punzada en el pecho. Era el corazón.

Se resistía a seguir funcionando. Y dejó de funcionar...

Sí.

Rock Fowler había muerto. Como Bruce Hopkins.

Y muchos otros morirían, si alguien no descubría pronto lo que Eva Gaye llevaba en su interior...

CAPÍTULO IX

William North detuvo su coche frente a la casa del profesor Walton.

Atrapó la toalla, en la cual iba envuelta la extraña esfera que recogiera de la playa minutos antes, y salió del auto.

Subió los tres peldaños que conducían al porche y pulsó el timbre.

La puerta no tardó en abrirse, dejando ver a una joven rubia de preciosos ojos azules y labios jugosos como fruta madura.

William le concedió veintidós años.

La chica, además, tenía una figura nada despreciable. William, puesto a conceder, le concedió 90-60-88.

Y sin hacerle ningún favor.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó la muchacha, sonriendo con suavidad.

—¿Ha llegado ya el profesor Walton? —inquirió William.

—No, todavía no. ¿Es usted el caballero que llamó por teléfono hace un rato...?

—Sí, yo soy. Me llamo William North, y...

—¡William North...! —exclamó la joven, respingando—. ¡El famoso escritor...! William sonrió.

—Es la segunda vez, en el mismo día, que me llaman «famoso escritor» —dijo, recordando a la enfermera del doctor Clark—, Es mi día, no cabe duda.

—¡Ya decía yo que su cara me resultaba familiar!

—¿A quién se lo decía...? La joven rió.

—¡A mí misma, naturalmente! ¿Sabe que tengo todos sus libros, señor North?

—¿Y los ha leído?

—¡Claro! ¿Para qué cree que me los compré, para adornar mi biblioteca?

—Algunas personas lo hacen, no crea. Compran libros y luego no los leen.

—Ese no es mi caso, se lo aseguro. Yo, cuando compro un libro, es para leerlo. Y siempre llego hasta el final, aunque el libro no me guste.

—¿Es una indirecta...?

—¡No por Dios! Sus libros me encantan, señor North. ¡No los leo, los devoro! William sonrió, agradecido.

—Es lo más hermoso que me han dicho jamás. Y mi satisfacción es doble, porque me lo dice una joven que es aún más hermosa que la frase.

La que sonrió ahora con agradecimiento fue la chica.

—Tan galante como en sus libros.

—Agradezco sus palabras, pero yo no salgo en mis libros... —observó William.

—¡Ya lo creo que sale! Con otro nombre, eso es cierto. ¡Pero el protagonista de todos ellos, es usted! —insistió la muchacha.

—¿Por qué piensa eso...?

—intuición femenina, señor North.

—Ya.

—En Mi suegra está como un tren, sin duda su obra más completa, es usted el tipo que va loco detrás de su suegra. En Me gustan los muslos, y no precisamente de pavo, es usted el tipo que se vuelve loco por los muslos femeninos. Y en Estrecho de pecho, amante del lecho, es usted el tipo que se pasa casi todo el tiempo en la cama. Y siempre bien acompañado, por cierto... —añadió pícaramente la joven.

William tosió.

—Oiga, que yo no soy estrecho de pecho...

—Mejor. ¿O es que acaso lo lamenta? —bromeó la chica. William rió.

—Por supuesto que no lo lamento.

—Vamos, pase, señor North —invitó la joven—, y considérese en su casa.

—Es usted muy amable, señorita...

—Helen Walton.

—¿Hija del profesor Walton?

—Sí.

—Su padre debe sentirse muy orgulloso de usted, señorita Walton.

—Oh, llámeme Helen, por favor —rogó la joven, cerrando la puerta.

Quedó junto a ella, la espalda pegada a la hoja de madera, las manos atrás, observando al escritor.

William la observó a su vez.

Ciertamente, había mucho que observar, pues la simpática hija del profesor Walton lucía unos atrevidos shorts blancos y una ligera blusa, anudada bajo los senos.

El escritor apostó consigo mismo a que Helen Walton no llevaba sujetador.

—¿Sabe que es usted un hombre muy atractivo, señor North...? —dijo ella.

—Del montón —sonrió William.

—Vamos, no sea modesto. Debe tener las mujeres a docenas.

—A usted sí que deben rifársela los hombres.

—Bueno, la verdad es que tampoco puedo quejarme... Rieron los dos.

—¿Qué trae ahí, señor North? —preguntó Helen Walton, señalando la toalla.

—Algo que encontré en la playa. Parece una bola de piedra, pero yo juraría que no lo es. Pesa muy poco para ser de piedra. Quiero que su padre la examine.

—¿Puedo verla?

—Desde luego.

William desenvolvió la extraña esfera y se la mostró a la joven. Ella alargó la mano, con intención de cogerla.

—No la toque, Helen —rogó William.

—¿Por qué?

—Podría ser peligroso.

—¿Peligroso...? —pestañeó ella.

—Sí.

—¿En qué se funda para pensar que...?

—Sería muy largo de explicar, Helen —respondió William, envolviendo de nuevo la esfera—. ¿Tardará mucho su padre?

—Debe estar al llegar.

—Puedo esperarle aquí, ¿verdad?

—Desde luego. Pero estaremos mejor en el living. Venga conmigo, señor North. William se dejó conducir por la hija del profesor Walton. Entraron en el living, una pieza amplia y cómoda.

—¿Le sirvo algo de beber, señor North?

—Sólo si usted me acompaña —repuso el escritor.

—Será un placer. ¿Le va el whisky con hielo?

—Me va.

Helen Walton preparó las bebidas con prontitud y ofreció una de las copas a! escritor,

—Sentémonos en el sofá, señor North —sugirió la joven. William esperó a que ella se sentara y luego lo hizo él. Helen chascó la lengua repetidas veces, en ciara desaprobación.

—¿Qué ocurre? —preguntó William, extrañado.

—¿Por qué se ha sentado usted tan lejos de mí? No tengo la gripe, señor North...

—Bueno, yo...

Helen dio un saltito y su cadera quedó pegada a la del escritor.

—¿No le parece que estamos mejor así?

—Sí, claro. Pero tal vez su padre no opine igual...

—Mi padre no puede opinar nada, porque no está.

—Pero llegará de un momento a otro, y si nos sorprende tan pegaditos...

—Le oiremos entrar en casa, no se preocupe.

—Habrá que tener la oreja bien tiesa.

Helen Walton acercó su rostro a! del escritor

—¿No le apetece besarme, señor North...?

—Ya lo creo.

—Pues hágalo, hombre. No tenemos mucho tiempo... William la besó.

Pero sólo eso.

Sus dos manos estaban ocupadas. Una, con la toalla; la otra, con la copa. Helen debió pensar que faltaba algo, pues separó su boca de la de él y dijo:

—¿Qué les pasa a mis muslos, son de pavo?

—¿Cómo? —parpadeó William, sin comprender.

—Me gusta que me acaricien, cuando me besan.

—Oh, entiendo... —carraspeó el escritor, y se apresuró a dejar la toalla y la copa sobre la pequeña mesa que había ante el sofá.

Helen también dejó su copa en la mesa.

William, libre ya de impedimentos, la abrazó y volvió a besarla.

Apenas había rozado con su mano los prietos muslos femeninos, cuando

escuchó que una puerta se abría.

William se separó bruscamente de la hija del profesor Walton.

—Ya está ahí, Helen —dijo nerviosamente. Ella dio un hondo suspiro.

—A eso le llamo yo tener un padre oportuno... Terence Walton hizo su aparición en el living.

Era un hombre de unos cincuenta años de edad, delgado, de mediana estatura, y usaba lentes.

No pareció sorprenderse demasiado de encontrar a su hija acompañada de un joven.

—Buenas noches —saludó, acercándose a ellos. William y Helen se pusieron en pie.

Ella, sonriendo, dijo:

—Hola, papá. Te presento a William North, mi escritor favorito.

—Caramba, qué sorpresa...

¿Cómo está usted, señor North?

—Encantado de conocerle, profesor Walton —repuso William, estrechando la mano que le ofrecía el padre de Helen.

Terence Walton miró a su hija.

—¿Cómo diablos te las has arreglado para entablar amistad con el señor North, Helen.,.?

—Yo no hice nada, papá. El señor North no está aquí por mí, sino por ti —explicó ella.

—¿Por mi...?

—Así es, profesor Walton —asintió William—. Necesito la colaboración de un geólogo, y he pensado que tal vez usted...

—Me tiene a su completa disposición, señor North —respondió Terence Walton—. ¿De qué se trata, dígame?

William cogió la toalla y la desenvolvió.

—De esta extraña esfera, profesor... Terence Walton la observó con curiosidad.

—¿Dónde la encontró?

—En la playa, a pocos metros de mi casa. Terence Walton hizo gesto de cogerla.

—No la toque sin protegerse las manos con algo, profesor —advirtió William.

—¿Por qué?

—Una amiga mía se quemó la palma de la mano y la cara inferior de los dedos. Ella no recuerda con qué se produjo esas quemaduras. Yo tengo la sospecha de que se las produjo al coger esta extraña esfera, que parece de piedra, pero estoy seguro de que no lo es, porque pesa muy poco.

—Si esa esfera quemara, quemaría la toalla... —observó Terence Walton.

—La esfera está fría, yo la tuve en mis manos unos segundos. Pero eso no quiere decir que antes, cuando la cogió Eva, mi amiga, no estuviese caliente —repuso William.

—¿Y cómo es que su amiga no recuerda cómo se produjo las quemaduras?
—Bueno, eso es lo que dice ella. Pero puede que mienta.
—¿Por qué razón?
—La desconozco. Pero aún hay más, profesor. Las quemaduras no le producían ningún dolor.
—¿Qué...? —exclamó Terence Walton, tan sorprendido como Helen, su hija.
—Al menos, eso aseguraba ella. Y debía ser cierto, porque su rostro no expresaba el mínimo dolor.
—Increíble...
—Pues lo más increíble de todo viene ahora, profesor: media hora después de habérselas producido, las quemaduras habían desaparecido.
—¡No...!
—Como lo oye, profesor. No quedaban ni rastro de ellas. Sobrevino un silencio. Terence Walton observó de nuevo la esfera.
También su hija.
William North ofreció la esfera al profesor Walton, sin tocarla.
—Analícela, profesor. Estoy seguro de que descubrirá cosas muy interesantes.
Terence Walton cogió la toalla y envolvió la misteriosa esfera.
—Lo haré, señor North. Ahora mismo.
—¿Puedo esperar en su casa a que usted termine de...?
—Naturalmente, señor North —respondió Helen Walton, cogiéndose familiarmente del brazo del escritor—. Mientras mi padre analiza la esfera, usted y yo charlaremos sobre sus libros.
Terence Walton sonrió.
—Sí, quédese, señor North. Esto me llevará una media hora como mucho.
—Tórnese todo el tiempo que necesite, profesor. No tengo ninguna prisa.
—¡Magnífico! —exclamó Helen, pensando en lo bien que se lo iba a pasar con el apuesto escritor durante la próxima media hora.
El profesor Walton abandonó el living y se dirigió a su laboratorio, ubicado en la parte de atrás de la casa.
Entró en él y encendió la luz.
Lo primero que hizo fue colocarse unos guantes de piel, por si acaso. Comenzó su trabajo.
Llevaba unos veinte minutos aproximadamente analizando la extraña esfera, cuando alguien penetró en el laboratorio silenciosamente, saltando por la abierta ventana.
El profesor Walton, absorto en su trabajo, no se dio cuenta. Se trataba de una hermosa joven.
Cabello rojizo.
Blusa semitransparente. Descarada minifalda.
Zapatos rojos... Sí.
Era Eva Gaye.

CAPITULO X

William North se separó ligeramente de Helen Walton y consultó su reloj.

—Tu padre ya lleva cuarenta y cinco minutos con la esfera...

—Ojalá tarde otros cuarenta y cinco en salir de su laboratorio —deseó la joven, apretándose de nuevo contra él—. Lo estamos pasando tan bien,.. ¿O no?

—Sí, deliciosamente bien —sonrió William, acariciándole ¡as piernas—. Pero me preocupa...

—¿El qué?

—La tardanza de tu padre. El dijo que le llevaría una media hora, como mucho.

—Será más complicado de lo que él pensaba.

—O más peligroso... —murmuró el escritor. Helen Walton levantó la cabeza y le miró.

—¿Temes que pueda haberle sucedido algo?

—Seguramente no. Pero me sentiría más tranquilo si vamos al laboratorio y comprobamos que tu padre está bien, trabajando con la esfera,

—También yo. Vamos. William.

Se levantaron los dos del sofá y salieron del living.

Helen condujo al escritor hasta el laboratorio de su padre. Al abrir la puerta, la joven dio un grito.

—¡Papá...!

William North corrió hacia Terence Walton.

Estaba tendido en el suelo, de bruces, completamente inmóvil.

Tenía una brecha en la cabeza, por la que había sangrado profusamente, aunque ya la hemorragia había cesado casi por completo.

William se arrodilló junto a él y le tomó el pulso. Helen, que ya estaba también junto a su padre, inquirió temblorosamente:

—¿Está... muerto?

—No, tranquilízate. Sólo está herido. Alguien le dio un fuerte golpe en la cabeza.

—¿Quién? ¿Y por qué?

—Tal vez nos lo diga, cuando recobre el conocimiento. —¡ Ha sangrado mucho, William!

—Sí. Será mejor que le atienda un médico. Yo conozco a una doctora. Voy a llamarla.

—¡William!

—¿Qué?

—¡La esfera no está!

—Ya me he dado cuenta.

—¿Se la habrá llevado el agresor?

—Sí, no hay duda. Quédate junto a tu padre, Helen. Volveré enseguida.

William salió del laboratorio.

Corrió hacia el living.

Allí había visto un teléfono.

Y recordaba el número de la clínica del doctor Clark. Pero ¿estaría la doctora Boyle en ella todavía?

Era ya bastante tarde...

William atrapó el auricular y se lo llevó a! oído. Marcó el número de la clínica.

Esperó.

La enfermera tardaba en atender la llamada.

—¿Diga? —respondieron al fin.

No era la voz de la enfermera, sino la de la propia Sandra Boyle.

—¡Doctora Boyle!

—¿Es usted, señor North...?

—¡Sí, soy yo, doctora! ¡Menos mal que aún está ahí!

—Me ha pillado usted de puro milagro. La enfermera ya se ha marchado y yo estaba a punto de salir. ¿Qué le ocurre, señor North?

—Estoy en casa de un tal Terence Walton, geólogo de profesión. Alguien le ha dado un golpe en la cabeza con un objeto contundente y lo ha dejado sin sentido. Tiene una herida y ha sangrado bastante. ¿Puede usted venir, doctora Boyle?

—Si me asegura usted que no pasará lo de la otra vez...

—¿A qué se refiere?

—Terno que cuando yo llegue, ya no haya paciente. Y si lo hay, que esté perfectamente bien y no necesite para nada mis servicios, como sucedió con su amiga Eva.

—¡Habrá paciente, no lo dude! —Gruñó William—. ¡Y seguirá teniendo una brecha en la cabeza!

—Está bien, no se enfade. ¿Dónde vive ese Terence Walton? William le dio la dirección.

—Bien. Salgo para ahí, señor North.

—¡Venga volando, doctora!

—No tengo alas, señor North.

—¡Pero le da usted sopas con honda a Niki Lauda con un volante en las manos! William oyó la risa de Sandra Boyle a través del hilo telefónico.

Ella cortó la comunicación.

El escritor dejó el auricular sobre las horquillas y regresó rápidamente al laboratorio. Terence Walton seguía inconsciente.

—¡No vuelve en sí, William! —dijo Helen Walton, pálida y con los ojos llorosos.

—Es normal, Helen. El golpe fue duro. Pero recobrará el sentido, no te preocupes. La doctora Boyle ya viene hacia aquí.

—¿No sería mejor llevarlo a su cama? —sugirió la joven.

—Sí, estoy de acuerdo. Yo me encargo de ello. William cogió en brazos al

profesor Walton.
Helen lo guió hasta la habitación de su padre.
Instantes después, Terence Walton descansaba sobre su cama.
William le quitó los guantes de piel y los dejó sobre la mesilla de noche. Helen se abrazó al escritor.
—¡Qué desgracia, William! —sollozó. William la estrechó cariñosamente.
—Lo siente, Helen. Yo tengo la culpa de todo.
—No digas eso.
—Es la vendad. Si no hubiera venido aquí con esa maldita esfera, tu padre estaría perfectamente.
—¿Cómo podías saber tú lo que iba a suceder?
—intuía que la esfera era peligrosa. Te lo dije a ti y se lo dije a tu padre.
—La esfera no le hizo nada a mi padre.
—Pero fue la causa de que alguien le golpease. Quería la esfera. Helen Walton le miró a los ojos.
—William...
—¿Qué?
—¿No tienes idea de quién pudo...? El escritor suspiró.
—Sí, sospecho quién fue.
—¿Quién?
—Eva, la chica de quien os hablé.
—¿La que se quemó la mano...?
—Sí. Sólo ella puede estar interesada por la esfera. Aunque no me explico cómo diablos supo que yo se la había traído a tu padre para que la analizara.
—Quizá te siguió...
—Sí, es posible.
—¿No crees que deberíamos llamar a la policía?
—¿A la policía? —respingó el escritor.
—Si Eva agredió a mi padre, debe ser castigada por ello.
—No tenemos pruebas de que fuera ella, Helen.
—Pero tú acabas de decir que...
—Sólo son sospechas, Helen. Para denunciarla a la policía, hace falta algo más.
—Si mi padre la vio, no harán falta más pruebas.
William iba a decir algo, pero entonces se escuchó un débil gemido. Lo había emitido Terence Walton.
—¡Está volviendo en sí, William! —exclamó Helen, separándose del escritor.
—Sí, está moviendo la cabeza. En efecto.
El profesor Walton se estaba despertando. Abrió los ojos.
—Helen... —pronunció, con apagada voz.
—¡Papá! —respondió la joven, cogiéndole la mano.
—¿Cómo se siente, profesor? —preguntó William.
—Me duele mucho la cabeza... —respondió Terence Walton, componiendo

una mueca de sufrimiento.

—Recibió un fuerte golpe en ella. He avisado a la doctora Boyle, para que le atienda. Llegará de un momento a otro —informó William.

—¿Viste a la persona que te golpeó, papá? —interrogó Helen.

—No... Yo estaba terminando de analizar la esfera, cuando sentí un agudo dolor en la cabeza y me derrumbé en el acto, privado del sentido...

—Averiguó algo interesante, profesor? —inquirió William.

—Oh, sí, muchas cosas. Lo primero, y más importante, que esa esfera no es terrestre...

CAPITULO XI

William North y Helen Walton se miraron, perplejos.

—¿Que no... que no es terrestre? —balbuceó el escritor.

—Puedo garantizarle que no, señor North. Esa esfera debió caer del cielo —añadió Terence Walton.

—¡Del cielo...!

—Sí, señor North.

—¿Qué más averiguó, profesor?

—Que dentro de de ella había, cuando cayó, una desconocida pero poderosa energía.

—¡ Profesor...! ¿Está seguro de lo que dice?

—Absolutamente, señor North. Y él hecho de que su amiga se quemara la mano al coger la esfera, lo confirma. Y también explica, en cierto modo, que las quemaduras no le doliesen y que desaparecieran en tan poco tiempo, aunque esto no deja de ser sólo una teoría más propia de un relato de ciencia-ficción, pero perfectamente posible.

—Explíquese, profesor —rogó William.

—Verá, yo pienso que su amiga, al coger la esfera, recibió en su cuerpo toda esa extraña energía que la esfera llevaba dentro. Eso explica, primero, que la chica se quemara la mano; y después, que la esfera ya no contenga ninguna energía. Esa energía, muy poderosa, como ya le he dicho, proporcionó tal fortaleza y tal vitalidad al cuerpo de su amiga, que la volvió totalmente insensible al dolor físico. Eso justifica que no le doliesen las quemaduras. Y esa misma fortaleza y vitalidad que adquirió su organismo, aceleró de un modo increíble el proceso de regeneración de sus células destruidas, lo cual justifica que las quemaduras le desaparecieran en sólo media hora, cuando, normalmente, se necesitan días...

—Asombroso... —musitó William, realmente impresionado por las palabras del profesor Walton.

—¿Continúa la esfera en mi laboratorio? —preguntó Terence Walton.

—No, ha desaparecido —informó el escritor.

—Lo suponía. Su amiga se la llevó, después de golpearme.

—¿Cómo sabe que fue ella...?

—Usted dijo que su amiga no recordaba cómo se había producido ¡as quemaduras...

—Eso es lo que ella dice, pero...

—Miente, como usted sospechaba. Lo recuerda perfectamente, pero no quiere contar cómo sucedió. No le conviene... a la extraña energía que lleva dentro. Ella es la que la obliga a mentir. Y la que la guió hasta aquí, en busca de la esfera en la que ella viajó Dios sabe desde dónde y por cuánto tiempo...

—¿Quiere... quiere usted decir que esa desconocida energía... tiene vida? —balbució William, con ojos agrandados.

—Evidentemente, señor North. Y no sólo tiene vida, sino que es inteligente. Su amiga hace todo lo que ella le indica. Se ha apoderado de su cuerpo y de su mente. Su amiga ya no tiene voluntad propia...

William North se dejó caer en una silla, tan atónito como la hija del geólogo, que se había sentado en el borde de la cama y seguía reteniendo entre las suyas la mano de su padre.

—Me gustaría equivocarme, señor North, pero creo que estoy en lo cierto —dijo Terence Walton—. El que yo haya recibido un golpe, y 1a esfera haya desaparecido, lo demuestra. Sólo su amiga pudo llevársela.

—Cumpliendo órdenes de esa extraña energía que lleva dentro...

—Sí.

—Ahora me explico por qué Eva no quería ser reconocida por la doctora Boyle ni por ningún otro doctor...

Terence Walton frunció el ceño.

—Hábleme de eso, señor North —rogó.

—Eva sufrió un desvanecimiento en la playa. Debió sufrirlo al coger la esfera y recibir en su cuerpo la energía que la esfera llevaba dentro. Cuando yo la encontré, su cuerpo estaba frío, casi helado. Y ya tenía las quemaduras en la mano…

—Continúe, por favor.

—La llevé a mi casa, la acosté en mi cama y le eché encima un par de mantas, pero éstas no parecían proporcionarle ningún calor. Alarmado, llamé a la doctora Boyle, pero cuando ésta llegó, Eva había desaparecido. Saltó por la ventana y se largó en su coche. Antes me había dicho que no necesitaba los cuidados de ningún médico, que sólo necesitaba calor. El calor de mi cuerpo...

—¿De su cuerpo...? —respingó ligeramente el profesor Walton.

—Sí. Me pidió que me tendiera a su lado en la cama y que la abrazara. Me disponía a hacerlo, cuando llamó la doctora Boyle, y acudí a abrir Al regresar a la habitación, Eva ya no estaba, como le he dicho.

—¡Menos mal que no llegó usted a acostarse con ella!

—¿Piensa que hubiera sido peligroso...?

—¡Seguro!

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Debe ser la doctora Boyle. Yo abriré —dijo William, levantándose de la silla. Salió de la habitación y alcanzó la puerta en unos segundos.

Abrió.

En efecto, era Sandra Boyle.

—¿Sigue habiendo paciente? —preguntó ella, sonriendo con ironía.

—¡Naturalmente! —Respondió William—. ¡Y sigue habiendo herida!

—Me alegro, señor North. Me gusta cobrar mis visitas.

—Esta la cobrará, no lo dude. Venga conmigo.

William condujo a la doctora Boyle a la habitación del profesor Walton.

Sandra Boyle examinó, sin perder un segundo, la herida que tenía en la cabeza el geólogo.

—Le dieron fuerte, ¿eh, señor Walton?

—Eso parece, doctora —repuso Terence Walton.

—¿Quién le golpeó?

El profesor Walton miró a William North. Este respondió:

—Sospechamos que fue cosa de Eva.

—¿Eva Gaye...? —se sorprendió mucho Sandra Boyle. William cabeceó afirmativamente.

—¿Por qué piensan que...? —inquirió la doctora.

El escritor la informó de todo, mientras ella atendía la herida del profesor Walton. La doctora Boyle se llenó de perplejidad.

—Es una teoría tan fantástica, que no resulta fácil admitir que sea posible... — murmuró.

—Estamos de acuerdo, doctora. Pero los hechos mandan —repuso William. Terence Walton, que lucía ahora un hermoso vendaje en la cabeza, opinó:

—Creo que lo más sensato sería informar de todo a la policía, y que ella proceda.

—Yo opino igual, papá —dijo Helen Walton.

—Me gustaría hablar antes con Eva —manifestó William.

—No se lo aconsejo, señor North —dijo Terence Walton—. Podría ser muy peligroso.

—Estoy de acuerdo con el profesor Walton —habló Sandra Boyle—. Si es cierto que Eva lleva dentro de si esa extraña y poderosa energía, capaz de volverla insensible al dolor físico, y de acelerar tan increíblemente el proceso de regeneración de sus células destruidas, sería suicida enfrentarse con ella.

—Usted y yo ya estuvimos en su casa esta tarde, doctora, y no nos pasó nada —repuso el escritor.

—Las circunstancias no son las mismas, señor North —observó Terence Walton—. Eva sabe que usted recogió la esfera de la playa y que me la trajo a mí, para que la analizara. También debe saber, lógicamente, que usted sospecha que esa esfera encierra algún secreto, pues, de lo contrario, usted no se la hubiera llevado a un geólogo. Si le dice a Eva que lo sabe todo, ella es capaz incluso de matarle. Así se lo ordenaría la energía que lleva dentro, puede estar seguro.

William dio un suspiro.

—De acuerdo, llamaremos a la policía. Que ellos decidan lo que hay que hacer.

—Llame desde aquí —indicó Terence Walton, señalando el teléfono que descansaba sobre la mesilla de noche.

William tomó el auricular y sé acercó el receptor al oído, mientras se aprestaba a marcar el número de la policía.

Sin embargo, no llegó a hacerlo.

El receptor no daba ninguna señal.

—Este teléfono no funciona —informó, mirando al geólogo.

—¿Que no funciona...? —se extrañó el profesor Walton.
—Debe haberse estropeado. Llamaré desde el living —dijo el escritor, caminando hacia la puerta.
—Te acompaño, William —dijo Helen Walton, yendo tras él. Salieron los dos de la habitación.
Helen se cogió del brazo del escritor.
—Es guapa la doctora, ¿eh? —comentó.
—Sí, mucho —asintió William.
—¿Desde cuándo la conoces?
—Hace sólo unas horas.
—No me lo creo.
—¿Por qué no?
—Te mira de un modo que...
—No entiendo lo que quieres decir.
—Que le gustas.
—Figuraciones tuyas.
—Cuando yo lo digo... Si le propusieras hacer el amor contigo, esta noche, en seguida te respondería que sí.
William sonrió.
—No hago mis conquistas tan de prisa, Helen.
—¿Acaso no me has conquistado a mí, en menos tiempo...?
—Eso no es exacto. Eres tú quien me ha conquistado a mí.
—¡Sí, es verdad! —Rió Helen—. Yo te pedí que me besaras y que me acariciaras. Qué chica tan descarada, ¿verdad?
—A mí me gustan así —aseguró William, y le dio una palmada en las redondas posaderas, ceñidas por los shorts.
—¡Ay! —gritó ella, arqueando el cuerpo hacia delante, y rió de nuevo. Ya estaban en el living.
William descolgó el auricular y se lo puso en el oído. Arrugó el ceño.
—Qué raro...
—¿Qué sucede, William? —preguntó Helen.
—Este teléfono tampoco funciona. Y hace un rato funcionaba... Yo llamé desde aquí a la doctora Boyle,
—Déjame ver —rogó la joven. William le pasó el auricular.
—Es cierto, no da señal alguna... —murmuró Helen.
Golpeó repetidas veces el aparato, pero no sirvió de nada. Repentinamente, se apagaron las luces y todo quedó a oscuras.
A Helen Walton se le escapó un grito.
—¡William! —exclamó, cogiéndose a él.
—Tranquilízate, no pasa nada.
—¿Quién ha apagado las luces de la casa?
—¿Por qué piensas que alguien las ha apagado? Puede que se hayan fundido los fusibles...
—Hace años que no se han fundido.

—Lo que no ha pasado en cien años, puede pasar en un día.

—¿Y qué me dices de los teléfonos? ¿Por qué no funcionan?

—Porque se han averiado.

—¿Todos a la vez...? William no respondió.

En realidad, él también pensaba que todo aquello no era normal.

Parecía provocado.

Un nombre le vino a la memoria. Eva Gaye.

¿Sería ella quien...?

—Estoy asustada, William... —musitó Helen Walton. —No tienes por qué.

—Siento como si un grave peligro se cerniera sobre todos nosotros,

—Deja de pensar cosas raras o...

William North se interrumpió, estremeciéndose.

Un alarido de terror acababa de ser emitido por una garganta femenina. Y al escritor le pareció que lo emitía la doctora Boyle...

CAPITULO XII

—¡William! —gimió Helen Walton, aterrada, mientras toda la piel de su cuerpo se erizaba.

El escritor la cogió de la mano y tiró de ella.

—¡Corramos, Helen! ¡Algo ocurre en la habitación de tu padre!

Afortunadamente, la noche no era demasiado oscura, y por las ventanas se filtraba una débil claridad, suficiente para permitirles moverse por la casa sin tropezar con los muebles o las paredes.

William North seguía tirando de la hija del geólogo, muy torpe de movimientos.

—¡De prisa, Helen!

—¡El terror me agarrota las piernas, William! —explicó ella, con voz temblorosa.

—¡Vamos, sigue corriendo!

Alcanzaron por fin la habitación de Terence Walton.

Al penetrar en ella, ambos se quedaron clavados como estacas. Paralizados de terror.

La visión que se ofrecía ante sus ojos era realmente estremecedora. Escalofriante.

Aterradora.

Eva Gaye estaba allí. En la habitación.

Junto a la ventana, por donde sin duda había entrado. No llevaba ninguna ropa encima. Su cuerpo desnudo tenía el color del oro y despedía una luz brillante, casi cegadora.

Hasta su pelo había cambiado de color. Ya no era rojizo, sino dorado.

Y también él despedía aquella extraña luminosidad.

Lo más estremecedor, con todo, era la transformación que habían sufrido sus ojos.

Sus pupilas eran ahora talmente dos pequeños discos de fuego, que llameaban sin intermitencias, como si realmente estuviesen ardiendo.

Terence Walton, sentado en la cama, también observaba fijamente, entre asombrado y horrorizado, la alucinante imagen de Eva Gaye.

Junto a él, con el rostro blanco y el cuerpo tembloroso, Sandra Boyle contemplaba igualmente a la transformada amiga del escritor, cuya aparición le había hecho lanzar aquel largo y estremecedor alarido de terror.

—Eva... —musitó William North.

Los labios de Eva Gaye se distendieron en una sonrisa. Una sonrisa fría. Helada.

Gélida.

Desde luego, no presagiaba nada bueno para ninguno de ellos.

—Hola, William —dijo, con voz hueca, profunda, como si hablara desde el fondo de una gran tinaja.

Una voz, en suma, capaz de ponerle los pelos de punta al más pintado.

—¿Qué... qué te ha sucedido? —balbuceó el escritor. —Lo que el inteligente profesor Walton sospechó.

—¿Escuchaste lo que hablamos...?

—Todo. Estaba junto a la ventana.

—¿Y es cierto lo que él...?

—Sí, no se equivocó en nada. Llevo esa energía dentro de mí. Desde que cogí la esfera, en la playa. Yo no quería cogerla, porque despedía la misma luminosidad que ahora despide mi cuerpo, y me daba miedo... Pero una fuerza extraña y poderosa me impulsaba a ello. Fue como si tocara un cable cargado de electricidad... Todo mi cuerpo se estremeció de dolor. Un dolor espantoso. Insufrible. Quise soltar la esfera, pero mi mano se negaba a abrirse. Finalmente, me desmayé...

Eva Gaye hizo una breve pausa y continuó, con su voz de ultratumba:

—La esfera me transmitió la extraña energía que llevaba dentro, y casi me produjo la muerte, pues se alimenta de calor humano y absorbió la mayor parte del que poseía mi cuerpo. Pero la energía es inteligente y no acabó conmigo. Me necesita para que le proporcione más calor humano, absorbiéndolo de otras personas. De hombres fuertes y vigorosos, especialmente. Tú hubieras sido mi primera víctima, William, de no haber llegado tan inoportunamente la doctora Boyle. Como no pudo ser, abandoné la habitación, saltando por la ventana. No podía dejar que me reconociera la doctora Boyle. Hubiese descubierto inmediatamente que algo extraño había dentro de mí. Además, la energía exigía urgentemente más calor humano. Y yo tenía que proporcionárselo, o acabaría absorbiendo el poco que a mí me quedaba y moriríamos los dos.

—¿La energía... también? —pareció extrañarse Terence Walton.

—Sí. Fuera de la esfera en la que viajó durante siglos por los espacios siderales, no puede sobrevivir si no se alimenta de calor humano. Dentro de la esfera, en cambio, no necesita de ningún alimento. Por eso le agredí, profesor, y robé la esfera. Me interesa tenerla cerca. Si las cosas se ponen feas, no tengo más que cogerla y, a través de mi amo, la energía volverá a ella y estará a salvo de todo peligro.

—¿Cómo sabías que yo había recogido la esfera y se la había traído al profesor Walton?

¿Me seguiste hasta aquí? —preguntó William.

Eva Gaye volvió a sonreír de aquel modo tan siniestro.

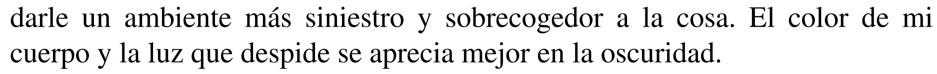
—La energía detecta rápidamente el peligro, William. Cuando tú recogiste la esfera, yo me encontraba muy lejos de tu casa. Pero ella lo captó como un radar, y me guió hasta esta casa como la mejor de las brújulas.

—¿Estropeaste tú la línea telefónica y los fusibles?

—Sí.

—¿Por qué?

—Lo primero, para impedir que hablarais con la policía; lo segundo, para



darle un ambiente más siniestro y sobrecogedor a la cosa. El color de mi cuerpo y la luz que despide se aprecia mejor en la oscuridad.

—¿Y tus ojos...?

—Son como dos lanzallamas en miniatura. Con ellos podría abrasaros a los cuatro, si quisiera.

Un ramalazo de frío hizo temblar los cuerpos de Terence Walton, su hija Helen, Sandra Boyle y William North.

Fue este último quien dijo:

—Pero no vas a hacerlo, ¿verdad?

—De vosotros depende —respondió Eva Gaye.

—¿De nosotros...?

—Si me entregáis voluntariamente el calor de vuestros cuerpos, no moriréis abrasados.

—Pero moriremos de frío —observó el profesor Walton.

—Es bastante menos doloroso —repuso cínicamente Eva Gaye.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has matado ya a alguien así? —inquirió William.

—Sí, a dos hombres. Bruce Hopkins, un viejo conocido mío, más bruto que alto, y Rock Fowler, un apuesto rubio al que engatusé en plena calle. Al primero lo maté en su casa; al segundo, en la playa.

—Y vas a seguir matando...

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que la energía se sienta satisfecha y decida volver a la esfera y a los espacios siderales por otra larga temporada.

—¿Y qué será de ti entonces...?

—La energía será buena conmigo, y me dejará con vida.

—¿Para que puedas contar algún día lo sucedido...? No seas ingenua, Eva. El último calor humano que esa energía absorba será el tuyo. Y morirás como murieron todos los demás.

—Te equivocas, William. A mí no me sucederá nada.

—Aunque así fuera, ¿cómo podrías seguir viviendo en paz, teniendo sobre tu conciencia las muertes de todas esas personas?

—Maté obligada por las circunstancias, no por mi propia voluntad. No soy, por tanto, responsable de esas muertes.

—¡Rebélate! ¡No obedezcas las órdenes de la energía!

—Eso no es posible, William. Mi cuerpo es ahora suyo. Mi mente es ahora suya. Tengo que hacer todo lo que me pida.

—Y lo que en estos momentos te pide es que nos mates. A los cuatro.

—Sí, Sabéis demasiado. No puedo dejaros con vida. Se lo contarías todo a la policía y la energía no podría seguir alimentándose.

Se produjo un silencio,

William North, Terence Walton, su hija Helen y la doctora Boyle se miraron entre sí. La estremecedora voz de Eva Gaye se dejó oír de nuevo;

—¿Cómo preferís morir, abrasados o de frío? El profesor Walton la miró

extrañamente.

—¿Estás segura de podernos abrasar con tu mirada, Eva?

—Y tan segura —sonrió ella.

—¿A los cuatro...?

—A los cuatro.

—Permíteme que lo dude. Eva Gaye se puso seria.

—¿Por qué lo duda, profesor?

—Hace falta mucho «calor» para abrasar a cuatro personas, y no creo que tú tengas tanto en estos momentos. Sólo has absorbido el calor de dos hombres. Y buena parte de ese calor ya ha debido ser consumido por la energía, puesto que, como tú misma nos has revelado, se alimenta de calor humano cuando está fuera de la esfera. Por todo ello, creo que como mucho podrías abrasar a uno de nosotros. Y aún dudo de que pudieras abrasarlo totalmente. Esa es la razón de que nos propongas que te entreguemos voluntariamente el calor de nuestros cuerpos. Lo de abrasarnos a los cuatro es sólo una amenaza que no puedes cumplir...

Eva Gaye apretó los dientes rabiosamente. Y los puños.

—¡Le voy a achicharrar, profesor! —rugió con aquella voz que parecía venir del más allá.

—Hazlo, y será tu fin y el de la energía que llevas dentro —repuso con pasmosa serenidad el geólogo—. Te quedarías sin calor y no podrías llegar adonde tienes la esfera, que supongo será en tu coche, no lejos de aquí.

La enfurecida Eva Gaye pareció, por un momento, que iba a cumplir su amenaza, lo cual llenó de pánico a William North, Sandra Boyle y Helen Walton.

Pero no sucedió nada.

El profesor Walton había acertado de lleno.

Eva Gaye no almacenaba todavía calor suficiente en su cuerpo para lanzarlo en forma de rayos, y a través de sus encendidas pupilas, contra sus cuatro víctimas y abrasarlas vivas. Si acababa con el geólogo, tal vez no pudiera llegar hasta su coche, donde, efectivamente, había guardado la esfera.

Ante la duda, optó por lo más sensato: huir.

Dio un espectacular salto y desapareció por la ventana.

—¡Vaya tras ella, señor North! —Ordenó Terence Walton—. ¡Abra la llave de paso del agua del jardín y apúntele con el chorro de la manguera! ¡Si impide que alcance la esfera, esa energía morirá! —explicó.

William North ya estaba saltando por la ventana. Vio a Eva Gaye.

Corría hacia su «Mercury» azul.

El escritor le dio también a las piernas.

Tardó sólo unos segundos en alcanzar la llave del jardín. La hizo girar velozmente al máximo y atrapó la manguera, que permanecía enrollada junto a ella.

Un poderoso chorro de agua brotó per la boca de la manguera.

William lo dirigió hacia el cuerpo desnudo, dorado y luminoso de Eva

Gaye, que surcaba el cuidado césped como una flecha, en dirección a su coche.

El impacto del agua en la espalda de Eva fue tan violento que ésta se vio lanzada de bruces sobre el césped.

William avanzó lentamente hacia ella, sin dejar de apuntarle con el feroz chorro de agua.

Eva intentó ponerse en pie, pero la fuerza del agua se lo impedía. Su cuerpo empezó a perder calor rápidamente.

A quedarse frío.

Convencida de que jamás lograría recuperar la verticalidad, en aquellas circunstancias, comenzó a arrastrarse hacia el coche.

¡Tenía que llegar a él y coger la esfera, o la energía y ella morirían!

William dio una especie de rodeo y le cortó el paso, dirigiéndole el chorro de agua a la cara.

Eva Gaye se vio obligada a detenerse. Apretó los ojos.

Y la boca.

Se ahogaba...

William advirtió que la luz que emitía el cuerpo de Eva cesaba paulatinamente. También aquel extraño color dorado que había adquirido su piel,

Eva Gaye comenzó a moverse débilmente.

Finalmente, quedó inmóvil, de bruces sobre la hierba. William, no obstante, siguió lanzándole el chorro de agua. Vio salir de la casa al profesor Walton, la doctora Boyle y Helen.

Se acercaron a él.

Terence Walton observó el cuerpo inerte de Eva Gaye. Ya no emitía ninguna luz.

Su piel ya no tenía el color del oro. Ahora estaba casi blanca y su pelo volvía a ser rojizo.

—Es suficiente, señor North —indicó el geólogo. William cerró la salida del agua de la manguera.

El profesor Walton se acercó a Eva Gaye y se arrodilló junto a ella. Unos segundos después, informaba:

—Está muerta. Y la energía también.

—Dios mío... —musitó William, dejando caer la manguera. Terence Walton se irguió y le miró.

—Usted no la ha matado, señor North. La mató la energía.

—Sí, pero si yo no...

—Si usted no la hubiera detenido con la manguera, ella hubiera escapado y causado más muertes. Dios sabe cuántas. Había que detenerla, señor North.

Sandra Boyle oprimió el brazo del escritor.

—El profesor Walton tiene razón, señor North. Usted hizo lo que debía. No es responsable de la muerte de Eva. —Habrá que avisar a la policía —dijo Terence Walton.

—Yo la traeré —respondió William, y caminó hacia su coche.

EPILOGO

Minutos después, William North estaba de vuelta con la policía. Venía una ambulancia también.

Los camilleros se ocuparon del cadáver de Eva Gaye.

El profesor Walton, su hija Helen y la doctora Boyle confirmaron la versión de los hechos dada por el escritor, y que tan increíble había parecido a los agentes de la ley.

Un rato después, la policía se marchaba, llevándose el coche de Eva Gaye, la ropa de ésta, hallada cerca de la casa, y la maldita esfera, totalmente inofensiva ya, que había sido encontrada en la guantera del «Mercury».

William North y la doctora Boyle se despidieron del geólogo y de su hija y caminaron hacia sus respectivos automóviles.

Al llegar a ellos, el escritor dijo:

—Necesito una copa, doctora. ¿Puedo tomarla en su casa?

—Desde luego —respondió ella, sonriendo con suavidad.

—Ponga su coche en marcha y guíeme.

Quince minutos más tarde, estaban frente a la casa de la doctora Boyle. Salieron de los coches y entraron en ella.

Sandra Boyle encendió las luces y condujo al escritor a la sala de estar, una pieza muy íntima.

—Siéntese, señor North. En seguida le sirvo esa copa.

—¿Beberá usted conmigo, doctora?

—Sí. También yo necesito un trago —sonrió ella.

—Gracias.

—¿Brandy, señor North?

—Bien.

Sandra Boyle escanció brandy en un par de copas y regresó junto al escritor, sentándose a su lado, en el diván.

—Su copa, señor North.

—Gracias, doctora.

Sandra Boyle tomó un sorbo de brandy y William North la imitó. Lo hicieron mirándose a los ojos.

De pronto, el escritor pregunto:

—¿Le pica la espalda, doctora?

—Un poco —respondió ella, sonriendo.

—¿Permite que se la rasque?

—Bueno —accedió la doctora, y le ofreció la espalda, para seguir la broma

El escritor se deshizo de la copa de brandy y, en lugar de rascarle la espalda, la besó en el cuello, cálida y delicadamente.

Sandra Boyle sintió que una agradable sensación le recorría el cuerpo y cerró los ojos suavemente.

—Qué forma tan original de rascar una espalda... —dijo con ironía.

—Me gusta usted, doctora —confesó William, tomándola por los hombros.
La besó de nuevo en el mismo sitio.
Con la misma ternura y la misma delicadeza.
Sandra Boyle pudo contener a duras penas un gemido de placer.
—Ahora dígame que al fin ha encontrado a la mujer de su vida:..
—juraría que sí.
—Embustero.
—¿No me cree?
—Naturalmente que no. Eso se lo dirá usted a todas, para que se abandonen a sus caricias y se lo permitan todo. William la obligó a darse la vuelta y la miró a los ojos. — Voy a ser sincero con usted, doctora.
—Eso me gusta.
—No lo fui cuando le hablé de mi doble personalidad y todo eso. Yo soy como usted pensaba que era: un tipo nada partidario del matrimonio, a quien sólo le interesan las mujeres para divertirse con ellas.
—Sospechaba que me había engañado.
—Ahora no voy a engañarla.
—¿Ahora...?
—He cambiado de parecer, doctora. Usted me ha hecho cambiar.
—Explíquese mejor, señor North.
—Me gusta usted, doctora.
—Eso ya lo dijo antes.
—Quiero decir que me gusta más que las otras. Bastante más.
—¿Y qué consecuencias puede traer eso?
—Que usted y yo acabemos, siendo marido y mujer. —¿Me está proponiendo matrimonio...? —pestañeó Sandra Boyle.
—Eso parece.
—Caramba, qué sorpresa. Es la primera vez que un hombre...
—Y espero que sea la última.
—¿Por qué la última?
—Porque eso significará que me ha aceptado usted, lo cual me haría inmensamente feliz.
—¿Está seguro?
—Completamente. ¿Cree que si no lo estuviera, me atrevería a dar este paso? ¡Ahí es nada, entrar en el gremio de los casados...!
Sandra Boyle rió, entre divertida y emocionada.
—No sé qué decir, señor North...
—Sólo tiene que pronunciar una palabra. Y es muy cortita: «sí».
—«No», también es muy cortita...
—Pronúnciela y me muero del disgusto.
—No tema, respondo «sí».
William North la enlazó por el talle y la atrajo hacia si para seguidamente besarla largamente en los labios.
Sandra Boyle dejó su copa de coñac sobre la mesa y se abrazó al escritor.

Era el comienzo de una larga e intensa noche de amor...

FIN